I'm not a robot

Psicologia y seduccion pdf

Ask the publishers to restore access to 500,000+ books. No se autoriza la reproducción total o parcial de este libro, ni su comercialización en sistemas digitales o impresos, tampoco se autoriza la difusión en cualquier formato por cualquier medio, sea electrónico, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual. Alejandra Vallejo-Nágera Psicología -idela . ^ seducción ESPASA c) Alejandra Vallejo-Nágera, 2 0 0 8 c) Espasa Calpe, S.A., 2 0 0 8 Diseño cubierta: Espasa Calpe Foto de la autora: José Luis Canales Depósito Legal: M. 1 2 . 7 1 5 - 2 0 0 8 ISBN: 9 7 8 - 8 4 - 6 7 0 - 2 8 2 9 - 4 Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.—, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual. Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: Impreso en España/Printed in Spain Impresión: Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A. Editorial Espasa Calpe, S.A. Vía de las Dos Castillas, 33 Complejo Ática - Edificio 4 2 8 2 2 4 Pozuelo de Alarcón (Madrid) A Lucía y a Clara; casi un cuarto de siglo compartiendo el camino. Gracias. ÍNDICE ANATOMÍA DE LA SEDUCCIÓN Conductores de la maquinaria emocional El truco infalible 13 16 25 PRIMERA PARTE: PERFILES DE SEDUCCIÓN 1. AFRODITA 33 2. EL VIVIDOR 43 3. ELRESCATADOR 55 4. EL ARTISTA 69 5. EL CAUTIVADOR 87 6. EL INTELECTUAL 99 LO 7. EL ENCANTADOR 113 8. EL LÍDER 127 9. EL DIVO 145 SEGUNDA PARTE: EL GERMEN DE LA SEDUCCIÓN 10. TODO COMENZÓ EN LA CUNA Observa cómo se comporta un bebé y descúbrete a ti mismo Temperamento sanguino Temperamento melancólico Temperamento colérico Temperamento flemático Distintos temperamentos, diferentes afrontamientos Códigos de seducción de un niño Los padres como escuela de afecto y de vida La marca de la distancia emocional La necesidad de dependencia, de ser amado o aceptado por otros La tiranía del miedo al rechazo 11. ¿CÓMO SOY Y CÓMO ERES? El Eneagrama Otros cuestionarios de personalidad Después de todo esto, ¿qué perfil de seducción se adapta mejor a mi personalidad? 161 164 167 169 171 172 174 175 177 178 182 187 191 193 196 199 ÍNDICE 12. TEST DE PERSONALIDAD Y CONTROL EMOCIONAL. Test de personalidad SEDIG El control emocional Test de control emocional NOTAS 11 203 205 213 215 249 ANATOMÍA DE LA SEDUCCIÓN Seducir es atraer el apoyo automático de la gente. Al seducir colmamos el pensamiento del otro, laureamos su forma de ser, conseguimos prendar su mente, hipotecamos su imaginación, logramos que nos recuerde cuando ya no estamos presentes físicamente. Se trata de una forma de comunicación que sigue leyes específicas, un juego psicológico orientado a fascinar en el que apenas interviene la belleza física, porque, con el corazón y la cabeza imantados, el seducido suele encontrar atractivo, o incluso arrebatador, el aspecto físico de los seductores. La persona seductora tiende a serlo en cualquier situación, ante hombres y mujeres de amplio espectro social. Es un prestidigitador emocional, un fascinador cuyo estilo varía de un individuo a otro en función del potencial de su carácter; dicho de otro modo, cada personalidad aglutina puntos fuertes específicos, virtudes especiales que, cuando se insinúan, tienen mucho éxito con los destinatarios carentes de ellas. 14 Hasta hoy no hay estudios que certifiquen si existen más seductores de un sexo concreto, aunque parece claro que las mujeres emplean ardides distintos de los que usan los varones. La siguiente parte de este libro explora los nueve arquetipos de seducción en función de los patrones relativamente estables a la hora de pensar, sentir y vivir que se manifiestan a través de la conducta. Veremos perfiles eminentemente femeninos, otros masculinos y otros de tendencia mixta. Dentro de estas ramificaciones es frecuente comprobar que los seductores vienen siéndolo desde la infancia, ya que en esta etapa se inicia el entrenamiento de las habilidades que facilitan la atracción. La falta de atractivo durante la niñez, sin embargo, no impide que podamos volvernos irresistibles en la edad adulta; afortunadamente, cualquier persona puede aprender a seducir aun habiendo sido tímido y apocado de niño. Solo es preciso tener ganas de fascinar, mirar a los demás con las pupilas de un seductor y emular sus pasos. De esto tratan las páginas que siguen. ¿Qué distingue a una persona atractiva de otra que no lo es? ¿Qué fines persigue la seducción y cuáles son sus destinatarios favoritos? ¿La capacidad para cautivar es innata? ¿Se aprende a ser encantador? ¿Todos los fascinadores presentan las mismas características? ¿Existe algún método más infalible que otro? Ante el encanto, el atractivo, el carisma, tenemos la impresión de presenciar un enigma: la parte esencial aletea misteriosa, permanece oculta, resulta inaccesible a la mayoría de los mortales. Los seductores parecen manejar códigos secretos y sutiles a cuyo hechizo resulta práctica- A N A T O M Í A DE LA SEDUCCIÓN 15 mente imposible escapar; se presentan armados de herramientas que hacen el contacto fácil y confiable casi desde el principio, nos otorgan sensación de agilidad y fluidez, generan optimismo o bienestar, exhiben seguridad. El seductor actúa con dos poderosos imanes psicológicos: por un lado, aparenta ser exactamente como nos gustaría ser, emana virtudes particulares que nos apetece imitar o poseer, le presentimos capaz de guiarnos por caminos que tememos explorar en solitario, senderos fascinantes con los que soñamos en secreto. Los seductores poseen lo que nos falta, ostentan cualidades que nutren nuestro lado psicológico más carente. Para colmo, estas personas tan sublimes nos bendicen con su atención, nos prestan oídos, asienten, sonríen, repiten nuestro nombre, copian disimuladamente nuestros gestos y posturas para hacernos entender, inconscientemente, que estamos ante un alma gemela. En el cristal de sus ojos vemos nuestro propio reflejo mejorado, algo sin duda tan atractivo como adictivo, puesto que en su presencia nuestra autoimagen se vuelve áurea y opípara. En este punto yace su magnetismo fundamental y su infalible método para obtener apego: su alejamiento precipitaría el desvanecimiento de la imagen idílica de nosotros mismos. Los seductores juegan constantemente con el sentimiento de posesión y pérdida, pero la diferencia entre la seducción manipuladora y constructiva depende del volumen de felicidad o tormento que obtenemos tras ser seducidos. De este modo, sin darnos cuenta, nos sorprendemos volcando en los oídos del cautivador confidencias que solo guardamos para nosotros mismos, o pensamos en él o ella 16 sin tregua, planteamos diálogos imaginarios, planificamos modos de agradarle, anhelamos su compañía, sus directrices, su atención; deseamos entregarle lo mejor de nosotros para que lo disfrute, lo refleje y se mantenga, así, a nuestro lado. Y de este modo inocente, sin prisa ni pausa, nos colocamos voluntariamente en sus manos. CONDUCTORES DE LA MAQUINARIA EMOCIONAL La persona seductora, en cualquiera de sus variantes, afronta el proceso de atracción con la metodología de un estratega que casi nunca improvisa. Primero observa atentamente a su blanco, prestando extraordinaria atención a sus movimientos, estilo de comunicación y cicatrices psicológicas. Sabe cómo mirar, dónde mirar y qué mirar. Traduce señales, imita gestos y posturas con el fin de generar máxima confianza, entregando absoluta prioridad al otro, emulando sus gestos y posturas con el fin de generar sintonía y confianza. El seductor es un artista de la empatia, abastecedor de las carencias sentimentales, operador del artefacto emocional. La maniobra tiene que estar medida y la actuación debe ser delicada: en ningún caso, bajo ningún concepto, el destinatario debe sospechar que está siendo intencionadamente seducido. Más bien debe creerse arrastrado por un magnetismo carente de otro propósito distinto del de compartir el mejor trato humano de ida y vuelta; de lo contrario se volverá suspicaz y, en lugar de deseo, el seductor le inspirará miedo. A N A T O M Í A DE LA SEDUCCIÓN 17 Una vez superado el primer avance, el fascinador pasa a eclipsar la mente de su objetivo, su barrera defensiva más poderosa; se invita a sí mismo pronunciando con frecuencia, aunque sin avasallar, el nombre del oponente: le mira a los ojos el tiempo justo, sin intimidarlo y con gran interés; le escucha y atiende, le otorga la razón, le cede el poder. De este modo, laurea al seducido, le invita a creerse importante, inteligente, sensible o divertido; exalta su masculinidad (si es hombre) o su feminidad (si es mujer), le expresa que ha captado sus genuinas virtudes y que es una lástima que otros permanezcan suspendidos de las apariencias, sin captar la verdadera esencia, las excelsas cualidades que el fichaje lleva dentro. Lo último resulta esencial, ya que casi todos los seres humanos creemos, en lo más íntimo, que somos mejores de lo que otros perciben. El seductor muestra interés y expresa verbal o gestualmente que está impactado. Así, poco a poco, desmonta la salvaguarda de su blanco; da a entender que no es un enemigo, sino alguien con sensibilidad para sacar lustre a los secretos del alma. Una vez impregnado el pensamiento del destinatario, el seductor inicia un nuevo paso: se anuncia como proveedor de placer, salvador de la desnutrición psicológica de su objetivo en cualquiera de sus variantes: autoestima, seguridad, diversión, valentía, necesidad de sentirse útil, de ser escuchado... conduce suavemente al otro, pero sin explicarle adonde va ni la duración del trayecto. Y sobre todo, prorroga la acción; la fantasía de su objetivo, se dispara, trabaja, imagina, anticipa, piensa, elige. En cuanto el seductor logra instalar su monarquía en el pensamiento del otro, comienzan los delicados trámites del castigo: alterna momen- 18 tos de sintonía total con otros de frialdad, inyectando en el destinatario el pánico a la pérdida y, con ello, garantizándose su apego psicológico. Durante todo el proceso es el persuasor quien gobierna las riendas del asunto, posee el control, se adueña del pensamiento y puede manejar a voluntad la felicidad o la desesperación del destinatario de su magnetismo. Por ello, al preguntarnos si preferimos seducir o ser seducidos, casi siempre nos decantamos por lo primero. Opinamos que quien domina los códigos de la seducción tiene, de alguna forma, la batalla ganada. La mayoría de los seres humanos estamos tan centrados en nuestras propias necesidades, que pocas veces somos capaces de diagnosticar lo que los demás necesitan de nosotros, lo que pretenden obtener. El peso excesivo de nuestras carencias nos hace cautivos de aquellas personas que en apariencia poseen y proveen lo que no hallamos en nuestros parientes y amigos. En realidad, el seducido siempre espera ganar algo importante de su fascinador, quien, por su parte, se presenta a sí mismo como hipotético dueño de la pócima anhelada. Toda seducción tiene dos caras. Quien pretenda convertirse en un as de la fascinación debe penetrar en ambos lugares con idéntica pericia. Por un lado, es necesario conocerse lo mejor posible con el fin de hallar los aspectos sugerentes de uno mismo y sacarles el máximo brillo; el otro campo de análisis lo ocupa la psicología de los potenciales seducidos, sus carencias y sistemas defensivos. Este escrutinio es el único medio para descubrir lo que uno puede dar y lo que otro está dispuesto a recibir; la seduc- A N A T O M Í A DE LA SEDUCCIÓN 19 ción perfecta se logra con el equilibrio entre ambos. Si añadimos demasiado peso a las hermosuras personales sería como gritar «¡Mírame, soy un dechado de virtudes y te convengo!». Un horror que impele a la fuga. Si por el contrario solo atendemos al otro, sin embriagarle con nuestros encantos, lo más probable es que nos utilice en los ratos malos, un poco como terapia, y luego destine sus apasionadas mieles a un contrincante. En todas las áreas de la vida social se produce algún tipo de influencia de unos hacia los otros. Continuamente se nos pretende persuadir, se nos invita a un modo concreto de comportamiento, a una forma precisa de pensar y decidir. La mayoría de las veces somos conscientes de ello y presentamos una resistencia inicial que no siempre es sólida. Con el empleo de técnicas adecuadas nuestra opinión puede plegarse y se moldea con la facilidad con que se dobla un papel. Por ello, ser blanco de la seducción provoca una incómoda sensación de vulnerabilidad o de vértigo, y también por ello, preferimos bloquear manejos externos y el embaucamiento de un líder, una marca, un amante, un colega. Lo curioso es que nadie es seducido si no quiere serlo. Somos nosotros quienes nos acercamos voluntariamente al magnetismo ajeno para saborearlo, atraparlo y aprender de él. Además, pese a las apariencias, el cautivador no siempre es vil ni persigue adueñarse de sus semejantes. Muchas personas resultan involuntariamente atractivas, sin que de modo intencionado alberguen un propósito distinto al de llevarse bien con sus semejantes. Toda seducción es una forma de comunicación persuasiva, sí, pero no siempre es 20 amoral, manipuladora, ni se dirige a una meta orientada exclusivamente al triunfo amoroso o sexual. Es cierto que hubo un tiempo en el que la mujer, sobre todo ella, necesitó recurrir al encandilamiento físico como método para vincularse a las figuras de poder, y de este modo garantizarse una vida algo más cómoda o, simplemente, necesitaba sobrevivir. La mujer de antaño halló un potente juguete de control en la pulsión sexual masculina, en su deseo carnal incontrolado. No obstante, para la mayoría se trataba de un utensilio efímero, ya que el mando regresaba al varón en cuanto disfrutaba de la apertura y disponibilidad sexual de la mujer. Una vez satisfecha la servidumbre hormonal, el macho recuperaba el poder. El descontento con un triunfo tan fugaz hizo que algunas féminas pusiesen en marcha métodos más creativos e inteligentes, capaces de erosionar la fuerza masculina y prolongar su propio dominio; así fue como se establecieron los primeros escalafones de la seducción en versión primitiva. En primer lugar, era preciso captar la atención; el maquillaje, peinado, vestimenta y olor ofrecían la impresión de estar frente a una diosa viviente, un trofeo inalcanzable y celestial. El ojo masculino solo accedía a escasos retazos de carne muy precisos y con poder suficiente para disparar la imaginación sexual y, sobre todo, se encendía el anhelo incontrolado de poseer una figura de ensueño, digna de un ser superior. Una vez conquistado el interés del varón, el halo de la deidad viviente arrastraba a su víctima lejos del territorio masculino hacia un lugar sin guerra, política o comercio, A N A T O M Í A DE LA SEDUCCIÓN 2J un mundo femenino impregnado de hedonismo, voluptuosidad y lujo. El hombre invitado a tan idílico emplazamiento apenas podía resistir la intención de reposar allí para siempre; pero justo en el instante en que se acomodaba para recibir el manjar de la anfitriona, esta modificaba drásticamente su actitud. Los susurros se volvían fríos; su porte, distante; su gesto, desdeñoso. La víctima, confundida, veía cómo los sueños se le esfumaban entre los dedos antes de haberlos alcanzado; la ilusión adquiría pátina de desesperación. Entonces el potencial viril retornaba, emergía de nuevo para reconquistar el paraíso de placer imaginado, pero en el mundo que se le escapa de nada sirven la brutalidad o la violencia que tan útiles resultan en el terreno de los hombres; en el país de las mujeres se barajan unas artes mucho más sofisticadas, indirectas e imprecisas a las que él no está acostumbrado, cuyas leyes desconoce. Por ello, en la carrera de persecución por recuperar lo que una vez creyó suyo se va minando su capacidad de reflexión; durante el trayecto el hombre deja de ser analítico y se vuelve emocional. En el siglo XVIII se modifica el protagonismo femenino de la seducción: el varón se aficiona a las estratagemas con las que vencer la resistencia sexual de las jóvenes damas. Son tiempos del Don Juan, donde, en el trato con el sexo opuesto, la brutalidad deja paso a la galantería y la pulsión sexual se disimula con sutilezas que tradicionalmente pertenecían al elenco femenino. Los varones extreman el cuidado de su vestimenta y peinado, en imitación a la conducta de las féminas. Lo más interesante es que los varones conquistan un valioso descubrimiento: el pie de barro de 22 las mujeres se sitúa en sus oídos, las damas no son indiferentes a lo que se dice ni a cómo se dice, las palabras colocadas de un determinado modo y pronunciadas en un tono adecuado producen verdaderos sortilegios, ayudan a poseer mentes y corazones. A medida que avanzan los años, las estrategias de encantamiento amplían su campo de acción: ya no se restringen al terreno de la conquista sexual, sino que se extienden al ámbito social: los cortesanos ganan favores de sus superiores mediante juegos psicológicos que siguen fielmente las reglas de seducción. En el siglo XIX, Napoleón descubre que la batería de técnicas seductoras es válida también a gran escala; la oratoria se convierte en herramienta para atrapar las ideas y sensibilidades de las masas. La teatralidad, el espectáculo, la arenga ganan terreno al discurso a media voz y procuran un inmenso poder con el que subyugar a los pueblos. El atractivo físico deja paso al magnetismo intelectual; el seductor encandila a gente de todo sexo y condición, cualquier persona es un seducido en potencia. Así nace el tipo carismático, el líder al que se le atribuyen virtudes de guía y se le entrega poder. Un ser al que se sigue por convicción y no por obligación. A pesar de la adaptación y la transformación que siempre otorga el tiempo, la anatomía de la seducción, su técnica, continúa vigente desde que la inventasen las féminas del Imperio romano. Veamos el primero de sus peldaños: captar la atención. Sin atención no hay seducción posible, como bien saben los publicitarios, los líderes políticos o de negocios, los padres de familia, los gurús espi- A N A T O M Í A DE LA SEDUCCIÓN 23 rituales y los profesores que conocen las leyes de la buena pedagogía. Hace unos meses, por ejemplo, fui invitada a presenciar la primera clase de psiquiatría que se iba a impartir a alumnos de tercero de Medicina en una universidad española. Los estudiantes se extendían por el aula en grupos de dos o tres, con lugares libres entre ellos y las dos primeras filas vacías de gente, haciendo evidente la distancia psicológica con la asignatura y con el profesor, al que todavía no conocían. Tres minutos y medio exactamente tardó este en irrumpir en la clase con un saludo formal; su llegada no produjo respuesta ni el interés deseable, en parte porque acabábamos de traspasar las quince horas, los pupilos venían de almorzar y su energía se concentraba casi por entero en su propio aparato digestivo y en el sopor que tal cosa produce. Sin pronunciar una frase, el profesor se dirigió a la primera fila vacía, donde depositó su material; luego se encaminó a su mesa y se tumbó sobre ella boca arriba. Inmediatamente el aula quedó pétrea y silenciosa, cuarenta pares de pupilas se clavaron en el maestro yaciente, que permanecía impermeable al estupor generalizado, roto de cuando en cuando por una risilla nerviosa. La atención unánime había sido conquistada sin una voz, sin un enfado ni ofensa, de un modo tan gentil como provocador. Dudo que ninguno de los presentes olvidemos esta anécdota en muchos años. No todos los seductores ejercen un magnetismo similar, albergan intenciones idénticas, ni todas las personas sucumben al mismo tipo de seducción. La personalidad del seductor, su temperamento, formación e inteligencia atraen 24 a unos destinatarios y repelen a otros. Dicho de otra forma, el seductor acoge deseos, exhibe virtudes, sufre carencias y es depositario de necesidades como cualquier otro ser humano; por ello, su interés se centra en aquellos destinatarios susceptibles, al menos en apariencia, de alimentar su psicología personal. Atendiendo a la personalidad del seductor pueden establecerse nueve tipologías; cada una de ellas hace blanco en individuos de características particulares. Teniendo en cuenta que la seducción es un método de comunicación orientado a influir, distinguiremos un perfil de otro al fijarnos en qué comunica, cómo lo hace y a quién, o dicho de otro modo, qué, cómo y a quién vende... y por supuesto, también para qué. La descripción de cada tipo ocupa la siguiente parte de este libro. No hay que olvidar que seductor y seducido se complementan y alimentan mutuamente. Por otro lado, la persona seductora no encandila constantemente y sin descanso; el arte de la fascinación exige energía y cuidado, en muchos aspectos resulta verdaderamente agotador. El magnetismo de una persona radica en que cerca de ella nos sentimos mejor que cuando está lejos. Nos la imaginamos poseedora de algo que a nosotros nos falta, pero lo que verdaderamente nos atrapa se debe a que se muestra dispuesta a compartirlo, incluso en exclusiva, si nos portamos convenientemente y respondemos a lo que espera de nosotros. He aquí la clave que unifica todas las tipologías del seductor, su herramienta fundamental: se las arregla para que a su lado nos sintamos importantes, únicos y originales. En sus ojos vemos reflejada la imagen de nosotros A N A T O M Í A DE LA SEDUCCIÓN 25 mismos que deseamos poseer y proyectar. La persona seductora siempre presta una extraordinaria atención al otro, ensalza sus virtudes, fulmina sus complejos, regala aprobación a raudales, y al hacerlo, se garantiza el apego. El anhelo de ser aprobado, de ser amado y entendido ejerce una pujanza tal que en cuanto lo saboreamos ligeramente ya no podemos prescindir de ello. Al mismo tiempo, el fascinador, en cualquiera de sus versiones, preserva para sí un trozo del secreto, un pedazo del misterio, dándonos a entender que algún día terminará por desvelarlo... pero tal día quizá nunca llegue. EL TRUCO INFALIBLE Uno de los descubrimientos más fascinantes en materia psicológica resalta que desconocemos casi por completo los mecanismos de defensa a los que recurrimos habitualmente para evitar el fracaso. Desde la niñez aprendemos a acorazarnos psicológicamente para bloquear el rechazo, las pérdidas, las críticas, el dolor. Lo curioso es que solemos protegernos bajo la cota de malla aun cuando no existen amenazas tangibles; anticipamos el hundimiento sin garantía alguna de que vaya a producirse. Por eso, con frecuencia se organiza un abismo entre las respuestas que esperamos de otros y las oportunidades que les damos para que nos comprendan, entre el minúsculo fragmento de personalidad que mostramos y la gigantesca dimensión que ocultamos. Tanto nos importa lo que piensan de nosotros, que gastamos demasiado tiempo y energía mirando fuera, por lo 26 que las aspiraciones y miedos que intervienen en nuestra conducta aletean clandestinamente y sin que les prestemos la debida atención... y luego nos quejamos de haber tomado decisiones contrarias a lo que de verdad somos, queremos y esperamos. La intensidad del miedo al fracaso varía de una persona a otra, pero cuando se presenta en dosis fuertes puede llegar a masacrar la autoestima, invita a la fuga social, dispara el nivel de dependencia, envenena la calidad de relación con otros seres humanos y, desde luego, pervierte la capacidad para seducir. Existe, no obstante, un truco infalible que inhabilita cualquier posible rechazo. Según los peritos en la materia sus garantías de éxito alcanzan casi el 100%. Consiste, simplemente, en fichar la emoción favorita del oponente: una vez cazada, hay que fertilizarla para hacerla crecer y brillar en una proporción jamás experimentada anteriormente por la otra persona. 1 No se trata de disparar una catarata, de cumplidos; semejante atrocidad solo puede hacerse cuando deseamos que escape a toda velocidad. Para seducir de un modo infalible hay que demostrar, con una o dos frases, que se ha captado y se admira el germen de su valioso potencial. En definitiva, se trata de sacar a la luz el atributo de su personalidad del que se siente secretamente orgulloso y que teme mostrar en público; el don psicológico que aletea en el fondo sin atreverse a florecer del todo. Para algunos es la capacidad de conmoverse ante la belleza, para otros la ternura, la fortaleza interna, la honorabilidad, el conocimiento, el arrojo, la bondad o la sensibilidad. A N A T O M Í A DE LA SEDUCCIÓN 27 El ardid consiste en resaltar y robustecer tal aptitud de un modo contundente, sin vacilación. El desafío radica en adivinar qué singularidad palpita tras el muro protector que todos llevamos a cuestas y que embota nuestro más vulnerable don; por ejemplo, una persona extraordinariamente sensible podría preservar su delicada cualidad escudándose tras un aparente y frío desdén. Dile que admiras su objetividad, la facilidad con la que se distancia emocionalmente de los problemas, y estarás ensalzando su disfraz; sin duda, le dejarás satisfecho porque verá lo bien que funciona su escafandra. Pero no le seducirás. En cambio, prueba sublimar las cualidades que le ennoblecen, por ejemplo, su capacidad para captar las singularidades del mundo, para promover la bondad, para potenciar la hermosura... y verás lo que pasa. Algo similar ocurre con la persona pletórica de ternura para compartir y hambrienta de cariño que recibir; tantas veces ha sido mal interpretada su conducta que, para no sufrir, se oculta tras una muralla intelectual; piensa para no sentir, transita por la vida echando mano de su cerebro para olvidar los mensajes de su corazón... hasta que aparece un tercero que pondera su verdadera cualidad y asegura que desearía aprender de ella. Es relativamente sencillo descubrir la emoción favorita y secreta de otra persona. Está ligada (¡oh sorpresa!) a su mayor preocupación: el fallo que, de eclosionar, reventaría el pilar sobre el que se apoya la valoración completa de sí misma. Todos dedicamos gran interés y energía a soslayar este fallo que pondría en riesgo nuestra auténtica identidad, la razón que impulsa nuestra forma de actuar y res- 28 ponder al entorno, los procesos íntimos que justifican nuestras elecciones. Los seres humanos socorremos nuestro frágil ego con estrategias que intentan ahuyentar el virus de la soledad y la inestabilidad. Esto nos invita a seducir del modo preciso en que lo hacemos y también a caer en las redes de quien aparenta poseer en grandes cantidades el don que nos gustaría lucir. Fascinador y fascinado se reclaman mutuamente aquello que podría serenar el tambaleo de su plenitud y armonizar con su verdadero yo; en cada fórmula de atracción late una lesión, pequeña o grande, que está pidiendo ser curada. Existen nueve métodos de seducción, nueve magulladuras psicológicas, nueve estrategias que frenan el devastador sentimiento de inseguridad, nueve alimentos para el ego, nueve arquetipos. ¿Cuál es el tuyo? PRIMERA PARTE PERFILES DE SEDUCCIÓN Estamos a punto de bucear en las profundidades de la fascinación, en la personalidad de sus protagonistas, en el misterio de su metodología, en la convulsión que inyectan en sus destinatarios. Existen nueve arquetipos de seducción. Las razones de esta cifra se exponen ampliamente en los capítulos 11 y 12 y están muy vinculadas al análisis y clasificación de la personalidad humana. A pesar de las evidentes diferencias entre una y otra tipología, los seductores actúan según cinco parámetros sin los cuales la auténtica fascinación sería imposible: — Provocación. — Misterio. — Elegancia. — Control emocional. — Castigo. La distribución que continúa se inspira, aunque con ajustes y cambios, en la obra del estadounidense Robert GreeneVeremos que cada arquetipo emplea códigos de comunicación específicos, un mensaje distinto a la hora de ofrecerse, atraer y atrapar: — Afrodita obsequia fantasía carnal. — El Vividor propone aventura, riesgo, peligro. — Los Rescatadores proveen apoyo y soluciones. — Los Artistas exhalan originalidad creativa y romanticismo. 32 — Los Cautivadores son magos de la motivación, la empatia y la espontaneidad. — Los Intelectuales piensan, conocen, saben. — Los Encantadores ofrecen simpatía, equilibrio y calma. — Los Líderes destilan valentía y poder. — Los Divos venden glamour. La distancia que existe entre uno y otro responde a la personalidad particular del protagonista, a sus motivaciones especiales y a los objetivos concretos a los que destina sus encantos. Algunos perfiles son eminentemente femeninos o masculinos, aunque la mayoría son mixtos. En la parte que sigue a esta introducción se descubre qué anuncia el seductor, cómo lo hace, a quién y por qué. Quizá te preguntes si eres una persona atractiva, si tienes posibilidades de dejar a alguien totalmente fascinado. La respuesta es afirmativa. Los humanos poseemos algún rasgo, aunque sea pequeño, que nos hace codiciables, lo que no significa que seamos conscientes de ello. También todos somos atractivos e influyentes en un momento determinado; fascinamos a quien nos interesa por razones emocionales, profesionales, psicológicas, sociales o culturales. Sin embargo, algunas personas desconocen su potencial, ignoran cómo sacarse partido, viven al margen de los campos donde tendrían más éxito. Sus posibilidades podrían crecer enormemente al identificarse con uno de los perfiles que se desenmascaran a continuación; no en vano conocerse, exponer y compartir las propias habilidades es tan fascinante como recomendable. 1 AFRODITA /Afrodita desprende sensualidad haga lo que haga, o lo que piense o diga; destaca entre la multitud femenina como un farol en la niebla, es una pieza exuberante y distinta, carcelera de todas las miradas. Hombres y mujeres sucumben por igual ante su físico turbador, estudiado, perfecto; simplemente, no le pueden quitar los ojos de encima. La lectora que desee fascinar igual que Afrodita no necesita un físico escultural, pero sí debe explotarlo como si lo fuese. Por supuesto, no hay que olvidar el toque enigmático; la clave del éxito yace en el impacto inicial, la provocación inquietante, lo que detona el ansia de conocerla más para descubrirla del todo. Afrodita es la emperatriz de los sentidos, la diosa de la feminidad, del instinto y del goce físico en potencia. La última palabra es esencial en este estilo de seducción, ya que las Afroditas del mundo distan de ser busconas o cortesanas; no pretenden ni desean el intercambio de fluidos rápido, básico e indiscriminado, y por supuesto, detestan la 34 vulgaridad, no son un objeto para usar y tirar, no buscan el desahogo de una noche. No. Lo suyo es elegancia pura aderezada con toques de misterio; su método de encantamiento promete, pero pocas veces remata. Actúa como el agua del mar cuya contemplación nunca cansa, pero el día que pretendemos atraparla se escapa entre los dedos. Aunque este arquetipo de seducción emplea su físico como reclamo en sus expediciones de caza, y lo usa para apoderarse de la vista de cualquier observador, lo que de verdad le interesa es incendiar la fantasía de las presas. La imaginación del espectador es el gancho con el que posteriormente se adueñará de su conducta... y de su amparo. El sueño más codiciado y secreto de esta diosa es, en efecto, conseguir la protección emocional, física y económica de un hombre asentado, intelectual y profesionalmente. Es frecuente que por las venas de Afrodita transite sangre impregnada de carencia afectiva en la niñez, sobre todo paterna. Conseguir un mentor que devuelva el reflejo del magnánimo padre que nunca se tuvo, exige acercarse a muchos sapos hasta encontrar al rey; para evitar el pernicioso desgaste corporal que tal hazaña supone, Afrodita se protege introduciéndose en la mente del elegido. Toda su estrategia de seducción sería inútil si no retardase el contacto carnal y no se escabullese justo cuando su objetivo cree estar en posesión de la victoria. En sus pesquisas, esta seductora actúa como un espejismo en el desierto, es fuente de inspiración y conoce las artes que catapultan la imaginación de los espectadores. El señuelo es la imagen de su cuerpo más que la materia real; de hecho, Afrodita no tiene por qué ser esclava de los cánones AFRODITA 35 estéticos que impone la moda. No todas las seductoras de este arquetipo son guapas de revista, pero sí emanan feminidad por cada poro de su cuerpo y también cuidan esmeradamente todos aquellos aspectos que nutren los cinco sentidos del contemplador: se perfuman, maquillan, peinan, visten de un modo nada fortuito, hablan con el tono de voz sugestivo; todo en ellas está medido y estudiado para causar el impacto anhelado. En su presencia, la mente del observador se impregna de vibraciones pulposas y se disparan ideas acerca del tacto de su piel, de su olor y sabor, del sonido de sus susurros. Ella se convierte en fruta prohibida que brilla, exalta la libido, explota el anhelo de saborearla... pero lo más importante es que Afrodita aparenta no ser del todo consciente de la energía sexual que desprende, e incluso simula sentirse víctima de su voluptuosidad, pues lo último que desea es fundir a los demás con el ardor que provoca. Su principal atractivo yace en la contradicción entre sugerencia e inocencia. Mezcla con habilidad de prestidigitador conceptos antagónicos: carnalidad y refinamiento, sensibilidad y animalidad, inocencia y experiencia llegando incluso a fusionar exquisitez y vulgaridad. En ocasiones exhibe caprichos de niña simplemente porque en el mundo de los adultos resultan atractivas, de vez en cuando, las mujeres básicas, juguetonas e irracionales. Su estilo de seducción anuncia pericia sexual al mismo tiempo que candidez; placer con un toque de peligro... Todo ello aliñado con el irresistible cosquilleo que produce un tesoro prohibido. Esto la distingue de una buscona. Afrodita es una flor única, preciosa, delicada; la sirena des- 36 tinada al mejor marinero, al héroe que sabrá colmarla de mimos y protegerla para que no muera. La combinación es magistral; de hecho constituye la fórmula idónea con la que alimentar el ego del varón al que le gusta sentirse fuerte, valeroso y responsable. Ante él, Afrodita se presenta como hija de un dios. Con movimientos y voz cuidados hasta el último detalle, se ofrece como lo haría una geisha. Afrodita no suda; brilla. No anda; se desliza. No grita; canta. No habla; susurra. El estilo de este arquetipo de seducción tiene mala fama en el mundo actual..., sobre todo entre las mujeres. Nunca en la historia la mujer ha gozado de una fortaleza física y profesional, ni de una independencia emocional ni económica como en la sociedad moderna. Nuestra cultura valora a la mujer que, en muchos sentidos, se porta, elige y afronta la vida como un hombre. La presencia de una Afrodita, por tanto, ofrece sensación de un anclaje ancestral; a ciertos personajes de la modernidad les resulta inquietante saber que todavía existen féminas cuyo reclamo consiste en presentarse como una bomba sexual y cuya técnica inflama la parte más primitiva e irracional del cerebro masculino. Ciertamente este perfil de seducción es el más arcaico, lo que justifica su primera posición en el listado de arquetipos. El método se asemeja al que ya empleaban las mujeres del Imperio romano: ella obtiene el amor y romance que espera ofreciendo previamente un señuelo físico, la promesa de uno o muchos desahogos estremecedores, la morbidez de una exaltación a la que solo puede aspirar el mejor. Lo último es fundamental para distinguir los códigos de seducción de una meretriz y los de Afrodita. Ella se pre- AFRODITA 37 senta como un premio ansiado por muchos, un raro, precioso y delicado ejemplar. Tras la inicial invitación: «¡Soy única!», sobrevuela la posibilidad de una posesión: «Si te comportas como un héroe, quizá puedas hacerme tuya». Nótese cómo otorga el trabajo al observador; Afrodita utiliza en su favor la natural tendencia del hombre a cazar piezas suculentas. Hace todo lo posible por convertirse en una presa codiciable para muchos hombres al mismo tiempo, no en vano se mueve y se viste para atrapar todas las miradas que puede, pero su reclamo es: «Solo el ganador obtendrá el tesoro». El anzuelo va repleto de una suculenta combinación de peligro y aventura, lo cual resulta apasionante para el varón que transita cargado de obligaciones rutinarias y falto de emociones excitantes en su vida diaria. El hombre razonable, serio, rígido, organizado, ve en Afrodita una posibilidad de efervescencia y variedad en medio de sus abrumadoras responsabilidades; una oportunidad liberadora, un soplo refrescante en medio de su apocada o asfixiante existencia y también, cuando Afrodita ejerce bien el papel de geisha, al hombre se le dispara el ego y las expectativas de sentirse admirado y agasajado de un modo exquisito, en un clima donde él es héroe sobre un pedestal y ella la más fogosa de las adoradoras. El imán es tan poderoso que apenas el macho puede sustraerse a él, hasta el punto de embarcarse en una cascada de locuras en el momento menos oportuno, cometiendo arriesgadas imprudencias, perdiendo la compostura, rompiendo vínculos matrimoniales, profesionales o afectivos con tal de saborear, al menos una vez, el placer auténtico. Si quieres com- 38 probar hasta qué punto Afrodita puede volver loco a un hombre, no dejes escapar la película Herida, de Louis MaUe, con Juliette Binoche y Jeremy Irons como protagonistas. Prepárate para las sensaciones fuertes. Otra de sus presas fáciles es el hombre intelectual, tan extraviado en el universo de las ideas que ya ha olvidado los goces que otorga el tocar, oler, contemplar, oír, saborear, en definitiva, sumergirse y perderse en el convulso mundo de los sentidos. Afrodita se presenta ante él como el paraíso de la abundancia lúbrica... y como siempre, cuando el destinatario está a punto de hincar el diente en el suculento pastel, este se desintegra. Aturdido, el hombre seducido se precipita entonces en un abismo emocional, sumiéndole en un desesperante vacío por la pérdida y encendiéndole el ansia de perseguir el tesoro cueste lo que cueste; una aventura excitante de que el hombre no se creía capaz de acometer, bien porque jamás antes se atrevió, bien porque ya la había olvidado en sus circunstancias actuales de edad, posición social o estado civil. Al distanciarse de su fichaje, Afrodita hipoteca la mente y también la conducta de su perseguidor, proporcionándole no solo la angustia del edén perdido, sino también el miedo de «haber sido echado» por no ser lo suficientemente bueno, hábil o inteligente. Así es como ella se adueña del control. Aunque el protagonismo de este arquetipo es eminentemente femenino, también los Supermachos tienden a emplear códigos parecidos porque, si bien sus metas son diferentes en apariencia, sin embargo, ambos sexos poseen motivaciones psicológicas similares. Al rascar la gruesa co- AFRODITA 39 raza bajo la que se oculta el mega-varón, salta la mecha que en realidad catapulta su forma de reclamo: falta de seguridad, duda continua, sospecha de amenazas y tendencia a ver el lado negativo de las cosas. Exactamente igual que Afrodita. AFRODITA, VISTA POR DENTRO La personalidad de Afrodita corresponde a lo que los sucesores de Jung calificarían de intelectual (anestesia los sentimientos y los instintos físicos con el pensamiento) y centrovertida (fluctúa entre la introversión y la extroversión) . Su alma se agita al son de un agotador y convulso mar de contradicciones: depende de los afectos o economía de otros, pero, al mismo tiempo, valora su independencia, quiere sobresalir de la masa, presentarse como un ser único en su especie. No se viste ni se mueve según los cánones de la moda, ella opera en el umbral de las emociones básicas y los instintos. Apela al cuerpo más que a la cabeza, despierta la sensualidad más que las ideas. Su fórmula levanta desdenes y denuestos entre sus congéneres femeninas, en general porque la sociedad actual promueve a la mujer racional más que a la bomba sexual. Sin embargo, aunque la miren por encima del hombro, apenas logran quitarle los ojos de encima. Sobre ellas también Afrodita extiende su fascinante magnetismo. 2 Asimismo, nuestra protagonista quiere ser digna de confianza y también desea confiar, pero no puede evitar poner a prueba constantemente, de modo inmisericorde, la 40 afiliación de sus elegidos, pasando del reclamo al desprecio, jugando con el desconcierto, con la retirada drástica del fruto prohibido. Anhela desesperadamente la protección de alguien más fuerte, más inteligente, y a la vez se siente vulnerable por ello. Aparenta experiencia, pero se siente insegura. Parece inocente y voluble, pero es calculadora; se protege manteniendo una incansable vigilancia, necesita estar impecable y cree que esta es la fórmula para que los demás la acepten. Como se ha mencionado antes, muchas Afroditas sufren la tragedia común de un abandono paterno temprano; el distanciamiento del progenitor o cuidador masculino puede ser físico o afectivo, pero en cualquier caso edifica en ella la imperiosa necesidad de hallar, en su vida adulta, refugio en alguien que se asemeje a la imagen de padre ideal: un mentor más fuerte, inteligente, valiente y responsable que ella misma; alguien que la pueda guiar, de quien pueda aprender. En general, Afrodita es una víctima de la duda monumental, se ahoga en la incertidumbre de ser traicionada, fluctúa entre obedecer y rebelarse, cree que el mundo es amenazador y, por otro lado, presenta una dolorosa dependencia de él. Suele dudar de sus propias capacidades para razonar y ser coherente cuando no encuentra referencias externas en las que confiar y que sirvan de modelo. Presta energía y pone atención a lo que podría ir mal, los posibles obstáculos, las dificultades, los significados ocultos, los mensajes dobles. Hace lo posible por evitar el descontrol ante el peligro y el dolor, quedarse atrapada en la duda. Por encima de todo, teme la traición y el abandono. La fal- AFRODITA 41 ta de seguridad en su valía interna le hace buscar apoyo en el exterior; aunque su presencia supone un reclamo a nivel masivo, ella no se mueve sin haber detectado a un protector potencialmente adecuado. Desdeña a cualquiera que se le acerca si no atisba los rasgos que busca y necesita. Su emotividad es lábil y pendular, fluctúa inesperadamente entre la risa y el llanto, la delicadeza y la ira, el optimismo y la crispación. Su apariencia física, aunque no respalde los cánones de belleza en boga, es su mejor herramienta, pero debajo de la carcasa externa se esconde un enigmático y atormentado y titubeante ser humano que agoniza a causa de la persistente sospecha de amenazas, la inmisericorde tendencia a ver el lado malo de las cosas. Continuamente coquetea con la ambivalencia; las dos tendencias de su personalidad fluctúan entre la turbación que ocasiona su aspecto físico y su imperiosa necesidad de que la admiren. Como vimos antes, explota simultáneamente carnalidad e inocencia, instinto y exquisitez, agresividad y sumisión. Las paradojas siempre resultan atractivas e inquietantes, frente a ellas no es posible relajarse. Esta dualidad no solo se proyecta hacia los demás, ya que en su interior también palpitan fuertes contradicciones: se siente al mismo tiempo fuerte y débil, moldeable e iracunda, clara y oscura, dulce y amarga. Afrodita es, simplemente, «alguien fácil de contemplar pero difícil de conocer». 42 RESUMEN ¿Qué ofrece? Fantasía sensorial y sexual. ¿A quién? Hombres serios, protectores, responsables, asentados profesional, económica y socialmente. ¿Cómo lo hace? Opera en el umbral de las emociones básicas y los instintos. Motivaciones de Afrodita: desea obtener certeza y seguridad, sentirse protegida, aprobada, mimada como si fuese una criatura frágil. Necesita también poner a prueba la valía, fidelidad y solidez de los demás y su capacidad para ampararla y guiarla en un momento dado. Expectativas del seducido: liberarse de la opresión intelectual, darse la oportunidad de «sentir» su cuerpo. Soltar el lastre de sus responsabilidades diarias, entregarse a una experiencia que devuelve, al menos en parte, la pasión juvenil. Afianzar su imagen de hombre sexualmente poderoso. Sentir auténtico placer carnal y sensorial. Vivir una aventura prohibida, un paréntesis en su ordenada y coherente existencia. Saberse admirado por una diosa. Ganar un apetitoso tesoro sensual. Cómo seducir a Afrodita: ofrece lealtad, demuestra aplomo y seguridad. Anímala a expresar verbalmente sus inquietudes y luego contrarresta sus dudas con opciones positivas. Difumina sus temores con alternativas realistas y alegres, equilibra su tendencia al pesimismo con una visión optimista y tranquilizadora. No menciones, al menos en los inicios, su carnalidad o el deseo físico que despierta. EL VIVIDOR H e aquí el aliento de la convulsión; la aventura intensa y peligrosa hecha hombre; el manantial de sensaciones fuertes; una riada de energía sexual. Mientras Afrodita incinera la mente del espectador permaneciendo enigmática y puede que algo fría en su interior, el Vividor circula con el alma en llamas, con la sensibilidad abierta de par en par y con la libido a punto de restallar. Es la cascada que necesita desparramarse por cualquier comarca femenina a su alcance, con especial interés en fertilizar tierras inexpertas, bondadosas y también, por qué no, comprometidas con «otro». En las entrañas de las destinatarias palpita una fantasía secreta: eclosionar aunque solo sea una vez. Las mujeres, todas las mujeres, constituyen para el Vividor un edén suculento, infinito, aunque hay un grupo especialmente tentador: las decentes, formales, casadas... y maternales, siendo la última una virtud imprescindible por las razones que se verán más adelante. 44 Los obstáculos que el Vividor tendrá que sortear para acceder a esta selecta colección proveen un interesante desafío; maridos, padres, protectores o consejeros de la dama, unidos a las creencias y sistema de valores de esta, otorgan la dosis de peligro y aventura que el Vividor necesita para subsistir, y encima su conquista final nutrirá el motor de su forma de ser: adora sobresalir, desea que todo el mundo le considere alguien y ama que le idolatren. También venera el dinero. El Vividor es devorador de placer, desinhibido, apasionado, cariñoso, provocador, intenso, mendigo de nuevas experiencias, insaciable con las mujeres. Posee extraordinarias dotes sociales; se zambulle entre la gente y se las arregla para convertirse en el centro de atención; es un maestro a la hora de establecer contacto interpersonal, consigue que los demás capten su importancia, admiren su audacia, compitan para estar a su lado y le regalen sonrisas, abrazos, palabras y también un amor que no sea demasiado exigente con lo que él debe entregar. Su mayor orgullo es su capacidad para embelesar, la habilidad para conseguir que otros (sobre todo otras) le cuiden, le sirvan, le justifiquen. En el fondo de su alma golpea el palpito de su carencia más secreta: hambruna de afirmación externa, de aprobación a raudales. Padece una necesidad de amor incondicional y tan generoso que sepa entender, perdonar y disculpar sus defectos igual que hacía su madre, a la que tantas veces oyó decir «es un trasto, pero tiene un corazón de oro». La figura de su progenitura, el entramado afectivo que teje con ella, hace que el Vividor se encuentre entre las mujeres EL VIVIDOR 45 como pez en el agua, condicionando de modo absoluto lo que espera recibir de las damas que pueblan el mundo. Con independencia de sus atributos físicos, el Vividor desarrolla un don para resultar deseable, cosa que necesita comprobar constantemente. Entre otras cosas, utiliza el rosario de conquistas sexuales para probarse a sí mismo que sigue siendo atractivo. De lejos, sus méritos se asemejan a los de Afrodita, aunque en realidad ambos arquetipos difieren bastante en su metodología, objetivo y personalidad. Al Vividor no le importa dejar entrever sus defectos e incluso explota un punto de desvalimiento que empuja a las mujeres a cuidarle y justificarle; jamás las seducidas pueden reprocharle haberlas engañado. Controla con pasmosa habilidad una amalgama de osadía, misterio y ternura, lo que despierta en las espectadoras una irresistible tentación de descubrir y la inclinación a perdonar. La técnica con la que ambos arquetipos aglutinan atención también difiere: si el reclamo de Afrodita hipoteca la vista de los observadores, el Vividor inflama a sus destinatarias a través de sus oídos. La herramienta de Afrodita es su físico, la del Vividor es la habilidad con las palabras; la pasión desbocada es el condimento fundamental en sus argumentaciones verbales y corporales; su voz y lenguaje embriagan las orejas de las escuchadoras hasta bloquear su capacidad de raciocinio y fulminar cualquier tipo de prudente resistencia. Tan incansable es la cascada de agasajos, tan indómito su deseo, tan abundantes las lisonjas, que pocas mujeres son lo suficientemente fuertes para mantener la cabeza pensante; la dama apenas puede evitar sentir- 46 se como una diosa cuando el Vividor la alimenta con el maná de sus ardientes palabras. En cuanto el mensaje consigue penetrar el cerebro de la destinataria, resulta sencillo enseñarla a jugar con lo prohibido. El Vividor conduce con pericia la mixtura entre peligro y placer; le resulta excitante guiar a la señora por territorios que jamás habría conocido sin él; le fascina detonar la libido de la fémina retraída, escuchar sus gritos de pasión, tocar teclas que ella ignoraba poseer, salvarla del tedio o de los problemas y, a fin de cuentas, sentirse más poderoso que ningún otro macho en la existencia de la homenajeada. El Vividor no pone trabas a casi ninguna mujer ni es escrupuloso con el método de abordaje; el fin siempre justifica sus medios. En su opinión, todas las féminas albergan interesantes secretos que asaltar y guardan vibraciones de las que beneficiarse; sin embargo, prefiere mostrarse en público con aquellas que resultan sexual y socialmente codiciables porque, en su anhelo de recibir aprobación externa, ellas le devuelven un reflejo óptimo acerca de sí mismo: las exhibe en público como el que muestra un trofeo. Si esto no es posible porque la señora está casada, entonces distribuye la información para que la gente que él considera importante se entere y le admire, sin tener en cuenta el daño y los problemas que el secreto en boca de todos pueda acarrear a la mujer. Según el Vividor, todas las damas a las que beneficia con su atención deberían sentirse afortunadas... Y así ocurre verdaderamente mientras dura el periodo de caza y captura. Este tipo de seductor es exhibicionista y adora ser famoso. El Vividor se deja caer por los lugares más frecuen- EL VIVIDOR 47 tados, tanto en su lugar de trabajo como en los locales de ocio. Busca canteras en las que olfatear fichajes, el sitio donde divisar posibilidades de triunfo y ser visto triunfando. Aborda la zona desparramando encanto, haciéndose notar bien por su forma de vestir, de hablar o de moverse, pero su verdadera imagen de marca radica en cómo alardea de su inclinación a la vida de crápula. La calidad de miradas y exclamaciones dependerá de ello. Aquí y allá regala lindezas, choca la mano con este, abraza a esa, intercambia guiños con aquel y arrumacos con aquella, bebe, juega, arriesga. También se abre a cualquier oportunidad, de modo que por doquier esparce cumplidos y ternura, masas de ternura... aderezados con una pizca de aparente desvalimiento: «No puedo contenerme». Esta flaqueza es uno de sus puntos fuertes; en cuanto la oyen, el corazón de las chicas vibra con indomable deseo de perdonarle, de cuidarle y sobre todo de reformarle. «En el fondo es una buena persona», justifican casi todas. Cuando el Vividor ficha a una candidata en el enjambre que revolotea a su alrededor, persigue a la elegida con devoción genuina y encendido de deseo. La presunta reticencia inicial de ella no le supone un problema, más bien constituye una atractiva oportunidad para desplegar todo su arsenal. «No puedo dormir, ni pensar, ni vivir sin tenerte a mi lado, sin oír tu voz», le dice. «Soy desgraciado», añade. «Te necesito», continúa. «Escápate conmigo», concluye. Persiste en su mensaje durante el tiempo que haga falta, inasequible al desaliento, infatigable. Aguarda bajo la lluvia para decir «Me gustas» y ejecuta proezas para lanzar «Te quiero». 48 De pronto, la receptora de sus adulaciones pasa a sentirse la mujer más importante de la tierra. Pocas damas resisten el dulce sabor de semejante victoria; ser encumbrada al pódium de las mejores, ser elegida entre un océano repleto de sirenas «tan maravillosas, mientras yo me sentía tan insignificante». En múltiples ocasiones estas mujeres escuchan por primera vez el efecto que provocan en los hombres; las pobres sufrían de ceguera acerca de su propio potencial y de la noche a la mañana se enteran de que le están robando el sentido al más experimentado de los crápulas. ¡Resulta tan fascinante creer que es cierto! Entonces su interior estalla con una batalla campal entre lo que recomienda el cerebro y lo que grita el corazón: mientras el sentido común clama «No te conviene, estás en peligro», las entrañas aullan «¡Si no le haces caso, se irá con otra!». En muchas ocasiones puede más lo segundo que lo primero; la destinataria, en el fondo, siente un irresistible antojo de experimentar en carne propia lo que tantas veces ha leído en los libros y visto en películas: la auténtica sobredosis de pasión y una pizca de peligro, guiados por un maestro en el tema; penetrar en el lado de los secretos, conocer lo que su cuerpo da de sí, perderse en un océano de sensaciones desconocidas, abandonarse, gozar. En este punto el Vividor deja claro a la mujer que su participación en la aventura es voluntaria, que no está obligada a seguirle y que puede retirarse. La posibilidad de perder la miel que ya se tiene en los labios propulsa a la mujer a lanzarse con ahínco en brazos de su nuevo sherpa; se abandona a su destino dejándose conducir, convencida de que él sabrá hacerla vibrar. Durante el trayecto, el Vivi- EL VIVIDOR 49 dor ya ha marcado otro fichaje al que avasallar. «No puedo remediarlo», se excusa; «Yo no tengo la culpa», continúa; «Perdóname y ayúdame», concluye. Y ella lo hace. En el fondo le está agradecida; sin él jamás se habría atrevido a explorar el territorio al que ya se ha aficionado. La nueva elegida recibe, igual que las anteriores, una catarata de lisonjas, regalos, mensajes, llamadas. Cuanta más resistencia opone la beneficiaria, más esplendorosas resultan las muestras de pasión, casi de esclavitud, hasta el extremo de soltar que por ella, y solo por ella, está dispuesto a reformarse, a erradicar su anterior vida, a abandonar los vicios... e incluso a casarse. En este punto, la clave del éxito consiste en no mostrar la más mínima vacilación. El hechizo toca su punto álgido; las atenciones, la gigantesca pasión, la promesa de sentar la cabeza, eclipsan el sentido común de la mujer, haciéndola olvidar la fama nefasta que precede a su admirador. A esto se suma otro dardo psicológico: ella llega a creer que, de todas, ha sido la única capaz de reformarle, así que... «¡Vamos allá!», se rinde al fin. Los días de gloria que siguen pueden durar hasta que de pronto él levanta la vista y, casi sin querer, otea a una criatura femenina que todavía desconoce lo que es bueno. Inmediatamente pasa a convertirse en su nueva obsesión. En cuanto la anterior se percata, él recurre a su herramienta verbal infalible: «Intento cambiar, pero no puedo contenerme. Yo no tengo la culpa. Perdóname; sin ti no soy nada. Necesito tu ayuda». Y ella se la entrega, aun cuando él ya ronda a la sustituía o incluso cuando la ha conseguido. «Es una buena per- 50 sona», le justifica. En el fondo está agradecida, como las otras, de todo lo que ha aprendido a su lado. EL VIVIDOR VISTO POR DENTRO El Vividor es un sujeto emocional, vive centrado en el pasado y en el presente mucho más que en el futuro, la pulsión de sus sentimientos y pasiones llega a eclipsar el curso de los pensamientos, lo que le empuja a actuar antes de pensar. También titubea constantemente entre la introversión y la extroversión social, dedica enorme cantidad de energía a lograr éxitos rápidos, a mantenerse ocupado, activo, competitivo. Al Vividor le encanta promocionarse y le irrita que un contrincante se interponga en su camino y frustre la conquista veloz de sus objetivos. Freud, como no podría ser de otra forma, atribuiría la personalidad del Vividor los calificativos de fálico y receptor . Su ego (el centro de operaciones de la conducta) tiende al afrontamiento y a la agresividad cuando husmea un fichaje, una meta, cuya conquista exige competir con otros. El Vividor se expande, crece, se pavonea, en cuanto se presenta una ocasión para rivalizar y salir triunfante. Su afán esencial es sentirse valorado, destacar sobre los demás siendo audaz y distinto, hacerse famoso, aglutinar admiración, obtener indulgencia por sus defectos. No los oculta, más bien se sirve de ellos como una imagen de marca que empuja a las personas a quererle tal como es, a elogiarle por la osadía que exhibe y que ellos mismos no sabrían manejar. Exhibicionista, vive al límite, apasionadamente y con entrega total, afecte a quien afecte y caiga quien 1 EL VIVIDOR 51 caiga..., pero poniendo cuidado en que haya alguien mirando y admirando. El personaje más importante en la vida de un Vividor es él mismo, pero necesita a los demás como un espejo en el que recrearse y comprobarse. No sabe

quién es, y tampoco podría explicar lo que siente sin ayuda externa. Las razones sentimentales que catapultan sus acciones constituyen un enigma que no le interesa mucho descubrir; «Yo soy así», se justifica; evita mirar en su interior y manejar las riendas de su desbocada cuadriga emocional. Para eso ya están los otros. El Vividor dista de parecerse a un llanero solitario, las aventuras le fascinan, sí, pero solo cuando hay espectadores; ejemplifica la validación del propio Yo a través de lo que otros opinan, necesita oír lisonjas hacia lo que hace o cómo lo hace, reclama aprobación de sus excentricidades, idolatría hacia su capacidad para desenvolverse en el país del riesgo. Así, se siente alguien. Aunque ofrezca una imagen contraria, el Vividor sufre serios problemas con su autoestima; únicamente se siente bien cuando los demás le confirman el éxito. Según él, las personas reciben recompensas o castigos por lo que hacen, no por ser quienes son, por ello pasa la vida buscando amor y aprobación a través de las conquistas, las pequeñas o grandes victorias que le permiten conservar una buena imagen. Su energía es ambiciosa y emprendedora, en resumen, quiere y espera ser el mejor. Necesita oír que es genial incluso con sus defectos; en situaciones extremas llega a mostrar franca crueldad cuando el otro no responde como espera. El Vividor es el más narcisista de todos los seductores, vive embelesado consigo mismo, enamorado de su hipóte- 52 tico potencial y de la imagen que proyecta en otros. La concentración en sí mismo le impide amar adecuadamente a los demás; las conquistas femeninas son transacciones en las que espera recibirlo todo: cuidados, pasión, admiración e indulgencia. A cambio, ella recibe el beneficio de su inigualable compañía, consigue hacerla creerse afortunada «porque se haya fijado en ella». En definitiva, ambos miembros están enamorados de la misma persona: él. Casi todos los Vividores coinciden en su especial vinculación con su madre, con la que no rompen el cordón umbilical; en caso de ausencia materna durante la infancia, el vínculo se establece con cualquier otra mujer que ocupase el puesto. En todo caso, la cuidadora contempla a la criatura con delirio, exaltando virtudes y cegándose ante los defectos. El Vividor puede tratar a su madre bien o mal, porque aun en el último caso obtendrá de ella indulgencia incondicional, admiración y el eterno deseo de ayudarle a sentar la cabeza... Y esto es precisamente lo que espera obtener en su vida adulta de las demás mujeres. RESUMEN ¿Qué ofrece? Aventura intensa, sensaciones fuertes, vibraciones, ritmo, pasión desbordante. ¿A quién? Mujeres formales, un poco inseguras y con instinto maternal. ¿Cómo lo hace? Agasaja con ardor. Manifiesta verbalmente su indómito deseo. Presta a la elegida atención sin tregua, casi avasalladora. Se muestra desvalido. EL VIVIDOR 53 Motivaciones: narcisismo: necesita admiración y ser reconocido como el mejor en su terreno. Impaciencia. Anhelo de triunfar. Expectativas de la seducida: vivir un momento inolvidable y raro. Reformarle. Claves para seducir a un Vividor: admírale por sus cualidades personales (entusiasmo, atractivo, tenacidad) más que por sus conquistas. Ayúdale a educar y encauzar sus emociones, anímale a ser paciente, a tomarse tiempo para disfrutar de la belleza de un modo sosegado. Acepta lo que es importante para él y equilibra explicando lo que es importante para ti . 2 3 EL RESCATADOR

He aquí el perfil a cuyo poder es más difícil resistirse; estamos en presencia del ángel que soluciona los problemas, el héroe y la heroína capaces de deshilachar la maraña emocional en la que muchas veces se nos hunde la vida, lagos plácidos para que flote nuestro verdadero Yo, espejos donde descubrimos quién es el Super Yo. A su lado no tenemos que demostrar lo que valemos; él o ella lo descubren. No hay que defenderse ni mantenerse oculto bajo el disfraz con el que salimos habitualmente de casa para que nos acepten y nos quieran. Él y ella nos quieren y aseguran preferirnos sin caretas. Lo suyo es una catarata de motivación, de aceptación, de fe en nuestra capacidad, de disponibilidad y ayuda. En su estilo de seducción no hay picardía sexual, pero sí abunda la apariencia de sentido común y de amor. Para reconocer bien al Rescatador solo hay que dirigir los ojos hacia una pantalla de cine. Mil cintas se recrean con este arquetipo, quizá el lector recuerde, por ejemplo, a 56 Tom Hanks interpretándolo en la estupenda película La terminal; o también a Melania, el espíritu celestial hecho mujer en Lo que el viento se llevó. El Rescatador, en su versión masculina o femenina (la proporción de mujeres es superior en este arquetipo), no solo adivina nuestro estado de ánimo presente sino que, y esto es más importante, descubre el estado anímico que desearíamos tener. Hace el papel del mágico espejo en el que se mira la madrastra de Blancanieves cuando anhela asegurarse de que es la más bella entre las bellas; o también es el fotógrafo que guía las miradas de los espectadores hacia nuestros ángulos más atractivos, el colchón en el que descansan nuestras ansiedades, el oído que está siempre disponible, la voz que calma, la presencia que soluciona. Estos seductores se anticipan a los deseos, y a veces abruman un poco. Preguntan, distribuyen cumplidos con tono suave, están pendientes de dar satisfacción, miran derrochando humanidad, proyectan una actitud equilibrada y gentil, sacan brillo a las virtudes que nos mariposean en el alma y que los demás no aciertan a ver. Su lenguaje corporal es sonriente y relajado, con movimientos armónicos y abiertos. A su lado, simplemente, nos sentimos mejores personas, o más queridos, más valientes y aliviados; en su abrazo cálido y humano es fácil sentirse transportado a un lugar seguro. Su frase favorita es «Déjalo en mis manos». Su entrada es discreta; en apariencia no pretende nada, se acerca con atención casi espiritual, sin asomo de carnalidad ni pulsión sexual, solo desea ser útil, permanecer abierta y dispuesta. Es la imagen de la paciencia, del inte- EL RESCATADOR 57 res, la sensibilidad, la capacidad de servicio y de la bondad a la vez culta y mística; nadie diría que le gustan los bienes materiales. Parece manejar bastantes conocimientos, en especial sobre los que conciernen a la psicología humana. Su aproximación, recordémoslo, no es erótica sino psicológica, y por ello hace blanco en hombres y mujeres de todas las edades, hambrientos de alguien que les escuche, les descubra y admire. Los narcisistas encuentran en el Rescatador levadura para su ego; los tímidos hallan un paraíso en el que la palabra «ridículo» es inexistente; las personas solas descubren una compañía que no cansa; la gente dependiente puede depender; la obsesiva puede, por fin, solazarse en un oído paciente. Los Rescatadores atraen a todo tipo de personas, pero con la gente complicada actúan como la miel y las moscas, es mejor que lo tengas presente si estás pensando en adoptar este estilo de seducción. Si tienes la fortuna de toparte con un Rescatador, y sobre todo con una Rescatadora, ten por seguro que vas a evocar al niño que un día fuiste, cuya marca todavía llevas dentro aunque es posible que no lo sepas. Verás cómo estos seductores extraen con magistral habilidad tus memorias de infancia; imágenes del hogar, la luz, el olor, las frases que un día pronunció papá, el ruido cremoso del collar de mamá, sus pasos, aquel postre insuperable, la pelea con los hermanos, la bofetada afectiva de aquel rechazo..., las escenas se suceden vivaces, llevas años sin recordarlas, pero ahora bullen ante el atento y amoroso asentimiento de los Rescatadores. Poco a poco, casi sin darte cuenta, verás cómo estos seductores asumen los cuidados y la protección que antaño recibiste de tus padres, o en caso contra- 58 rio, se erigen en complacientes sustitutos del cariño que en su día te faltó. Dejarse llevar por ellos es, sin duda, muy agradable. También es adictivo. Como miembro de una larga familia de psiquiatras, conozco la frecuencia con que los pacientes se enamoran del profesional encargado de acoger y encauzar el ciclón emocional en el que viven inmersos. Rescatador, hombre o mujer, actúa con estrategias de buen terapeuta y, como consecuencia sus interlocutores suelen enamorarse locamente de ellos. Igual que hace el psicoanalista, este arquetipo de seducción anima al oponente a zambullirse en las profundidades de sus recuerdos, a relatar los ardores, dichas o decepciones surgidas en su hogar infantil, es decir, propicia regresiones, invita a rememorar el germen en el que se apoya la identidad, el sentido, la dimensión personal, la razón de ser. Mientras el interlocutor se inflama al calor de sus memorias, el Rescatador alienta a limpiar frustraciones engatilladas, duelos añejos no llorados de los que quizá el potencial seducido no es del todo consciente, pero cuya huella se ha marcado a fuego en su organismo. Paralelamente, el guía del proceso te conduce por la vereda de los recuerdos gozosos: éxitos con los amigos, primeros amores y logros académicos se suceden en tu boca, destapando una poderosa convulsión de sentimientos y evocaciones. ¿Deseas adoptar este estilo de seducción? Entonces deberás tener presente que para ser Rescatador es preciso husmear los agujeros negros psicológicos, escudriñar los rincones donde haya algo que solventar. Los Rescatadores rescatan; permanecen alertas a los gritos de socorro que la mayoría de la gente ahoga bajo una almohada de silencio; EL RESCATADOR 59 proveen remedios sanadores sin que se los hayan pedido explícitamente. Tan loable cometido lleva implícito el entrenamiento de unas cuantas destrezas: la primera es la habilidad para escuchar. Si eres de los que va por la vida con prisa o tiendes a ser impaciente, es mejor que te apliques en las artes de un arquetipo distinto. Una de las claves de éxito de los Rescatadores es la masa de tiempo que otorgan a sus destinatarios, manteniéndose al tanto de invitaciones explícitas o indirectas. Mientras prestas horas y oídos al otro, no dejes escapar detalles cruciales que emergen durante la conversación: el tono de voz, el movimiento de manos, la tensión del rostro y la velocidad al hablar ofrecen información muy relevante acerca de lo que desea ocultar y, sobre todo, de aquello a lo que aspira. Fíjate en lo último, rétenlo en la memoria mientras oteas algún rasgo de su personalidad con el que podría alcanzar ese sueño dorado. De momento guárdalo para ti; más adelante podrás utilizarlo en un golpe maestro. «¿No dijiste un día que te gustaría escribir bien?», dirás pasados los meses, y luego señalas la prodigiosa habilidad, el espléndido ritmo que has notado en sus e-mails, por poner un ejemplo. Sin duda quedará estupefacto porque recuerdas el detalle que «solo dije de pasada»; su vanidad comenzará a inflarse tanto como su agradecimiento. Los Rescatadores son maestros en el arte de fascinar abonando el orgullo personal del oponente; un truco que, bien ejecutado, jamás falla. Entre tanto, continúa ofreciendo espacio y tiempo a su monólogo evocador; aparecerán destellos de las vulnerabilidades más importantes: «Me siento culpable»; «Creo que 60 no sirvo para esto», «Odio que me toquen». Déjale hablar y verás cómo surgen problemas pendientes de resolver, las ayudas que se espera obtener, los favores que se le pueden hacer. También emergen los escudos psicológicos, el asunto que se prefiere soslayar no vaya a ser que broten las lágrimas. Dedícate a verbalizar sus conceptos y reflejar sus ideas, pero hazlo con frases sencillas. Simplifica. Tu fichaje notará que has entendido el mensaje, pero en tu boca todo parecerá más fácil y natural; a tu vera, los problemas se vuelven menos problemáticos. Un alivio. Atención a los temas que se repiten: señalan viejas heridas que todavía sangran y que tú, en tu papel de Rescatador, podrías inducir a sanar. Puede que nada de todo lo anterior salga en las primeras conversaciones, todo dependerá del grosor de las murallas con las que se protege, pero debes estar preparado porque pueden brotar en cualquier momento. En cuanto los vislumbres, actúa sin vacilación, llega un poco más lejos de lo esperado; si es preciso haz llamadas, invierte en un regalo, presta más esfuerzo de lo que tu destinatario cree merecer. Cuidado con pasarte: la desproporción hará que sienta una deuda abrumadora y lo más probable es que se atrinchere. El éxito del golpe depende de la medida y de tu rapidez —las sorpresas son terriblemente seductoras—. No te rindas ante el grosor de su armadura: es más gorda cuanto más salvaje sea su catarata emocional interna. La persona emocional se blinda porque teme desbordarse; dale oportunidad de hacerlo poco a poco en tu presencia y aguanta como el Rescatador que eres. Ten en cuenta que el destinatario de tus encantos lleva años almacenando cascotes psicológicos en su trastero EL RESCATADOR 61 mental; limítate a actuar como una ventosa que abre esa puerta y prepárate para lo que salga de allí: ocurrirá algo parecido a lo que sucede cuando irrumpe el sol tras una feroz tormenta; el zafarrancho sentimental que se organiza le dejará tan aliviado como agradecido. Mientras escuchas, pasa por alto los comentarios que produce su cerebro consciente, sus argumentos elaborados. Lo que de verdad te interesa es su inconsciente, las fantasías con las que puedes proclamarte proveedor de soluciones. La información recogida anteriormente sirve para ofrecer remedio a la asignatura que quedó pendiente, completar lo que ha permanecido inacabado, flexibilizar el devastador sentimiento de culpabilidad. Hazle notar que te sientes orgulloso de él aun con sus defectos, se sentirá impulsado a mejorar para no defraudarte, un fenómeno que en psicología se denomina principio de reciprocidad^. Actúa cuando menos se lo espere, recuerda lo atractivas que resultan las sorpresas. Lanzarás a tu interlocutor a la conquista del ideal secreto; en definitiva, con tu colaboración, el seducido puede aproximarse a ser como siempre deseó. Tu apoyo sirve de trampolín. Aquí yace el misterio de tu poderoso magnetismo. No olvides la elegancia, esa distancia que eleva por encima de los mortales, el toque de distinción, el manantial de dignidad, el arte de hacer lo que no hacen los demás, pero que simula hacerlo todo de la misma manera..., aunque muy mejorado. En la elegancia subyace el gancho magnético de todo seductor, lo que le otorga poso, desata admiración, enaltece. Ser elegante exige ser algo distante. Preséntate como una casa abierta de par en par y tu gala- 62 nura se esfumará en segundos; saldrán a relucir las goteras, el polvo bajo las alfombras; el mobiliario tapizado en terciopelo parecerá envuelto en cierto pelo. Tu destinatario pensará que estás muy necesitado, resultarás patético. Tampoco desprecies el misterio: oculta tu alma, tapa tus recursos, no digas quién eres, cómo sufres, cómo amas. Deja entrever solo unos retazos de tu equilibrio superior, de tus conocimientos, la sensibilidad que se atribuye a los grandes hombres y mujeres, pero jamás, jamás, jamás, expongas abiertamente tu pasado ni tu presente. Si comienzan a indagar, evádete preguntando de vuelta. Otro factor esencial para entrar en el club de los Rescatadores es la capacidad para generar transferencia afectiva: igual que ocurre con un profesional de la psiquiatría, el Rescatador escucha con atención y se mantiene a distancia al mismo tiempo. No sufre ni llora con los recuerdos tristes, pero los acoge: «Comprendo», asiente, «en tu situación, es razonable que te sientas así». No opina ni juzga, solamente acepta, como haría el mejor de los padres, la mejor de las madres. Apela a esas cualidades comunes en los seres humanos, ya que, incluso en el peor de los casos, todos creemos poseer una cierta dosis de generosidad, bondad, inteligencia, honestidad; sabemos que somos buena gente en potencia y en muchas ocasiones necesitamos desesperadamente que nos lo reconozcan. De ello se encargan, naturalmente, los Rescatadores. Si adoptas su fórmula, verás que, poco a poco, casi sin tomar conciencia de ello, tu interlocutor comienza a atribuirte sus propias virtudes latentes, a las que probablemente sume la imagen del padre ideal que ya perdió o que nunca EL RESCATADOR 63 tuvo. De pronto sus ojos captan en ti al compañero perfecto, a la amante insuperable, te atribuye el don de la coherencia, del equilibrio, la capacidad de aliviarle y protegerle; presiente que le entiendes mejor que ninguna otra persona. Deseará tu cercanía, buscará tu proximidad. Te atribuirá todas las virtudes que admira, que desearía poseer. En psiquiatría se denomina transferencia a este interesante fenómeno; su aplicación, por supuesto, supera el estricto mundo de la terapia. La transferencia afectiva genera lazos emocionales intensos, la diana de todo seductor. El último factor que describe al Rescatador es común a los demás arquetipos de atracción: se trata del juego de la pérdida. Resulta que, de pronto, la disponibilidad no es absoluta, que otros también reclaman su atención y cuidados, el «estoy solo para ti» se difumina: el Rescatador se alimenta de la glotonería emocional de muchos; su tiempo y conocimientos son un tesoro por el que otros también pelean. Si has tomado su apoyo como un derecho adquirido, puedes encontrar que, de un día para otro, el Rescatador se ha ido a rescatar a otros que le necesitan más que tú. Los celos salen a escena. Si quieres emular a los de este arquetipo, debes tener en consideración que no se seduce a nadie «siendo demasiado bueno»; al principio puede que tu disponibilidad cause gran impacto, la gente está tan ocupada que te servirá como herramienta de sorpresa, pero pásate y pensarán que estás muy necesitado, abusarán de ti o, en el peor de los casos, te considerarán un pringado. Así que desaparece. Manten la distancia, despierta sentimientos de culpabilidad: «¿En qué me he equivocado?, ¡perdóname!». Haz de 64 su miedo tu aliado, dispara sus celos. La atracción que al principio fue emocional ahora se convierte en física; el seducido ya no te ve como un ángel asexuado, sino como el amante perfecto con el que querría pasar el resto de su vida. Permanece distante, aguanta el tirón. Luego concede un ligero permiso, un leve premio. ¿Manipulación? No; seducción a toda vela. Así son las cosas. EL RESCATADOR VISTO POR DENTRO 2 Estamos ante el tipo que Jung clasificaría como extrovertido y emocional; al que el Eneagrama colocaría en la posición 2 (Ayudador) y Karen Horney encasillaría en el grupo del tipo cooperador (ver capítulo 12). Al Rescatador, por encima de todo, le gusta sentirse indispensable porque solo así alimenta su deseo más ardiente: notar cuánto le aman. En su infancia mantuvo una relación de amor y odio alternativos con respecto a la figura del progenitor encargado de la disciplina, generalmente el padre; por un lado, le teme; por otro, le admira. La necesidad de sentirse valorado por su padre (a quien percibe fuerte y autoritario) le lleva a adoptar la conducta complementaria semejante a la de la madre que cuida, despliega ternura y alimenta. El niño o la niña de este perfil crecen con la convicción de que para obtener es preciso dar: «Para que me quieran, debo querer yo primero». El termómetro de su orgullo personal se acciona cuando se siente imprescindible: «Valgo más si me necesitan», por ello comienzan a entrenarse atendiendo a sus hermanos pequeños y a sus 3 EL RESCATADOR 65 amigos, cuida los objetos del hogar, a las personas mayores, a los animales y a todo aquel que parece necesitarlo. Con suerte, «papá se sentirá contento y me querrá más». La atención que se presta a otros se convierte en el instrumento con el que obtiene amor; su personalidad crece al son de la frase: «Para que los demás me quieran, debo hacerme imprescindible». Si atendemos a Freud y consideramos de un modo simplificado que lo que él denomina el Super Yo se refiere a la voz de nuestra conciencia, a «lo que debe ser» según los más altos principios morales del psiquismo, entonces el Super Yo del Rescatador le pide estar en permanente vigilancia de las necesidades ajenas, manteniéndose ciego con las propias. El Rescatador se siente culpable y egocéntrico cuando no se abre de par en par a las peticiones de los demás. Sus puntos fuertes, de los que se siente más orgulloso, son la generosidad, ser útil, permanecer alerta a los sentimientos de los demás, dar apoyo, mostrar agradecimiento, ser idealista, proporcionar esperanza. Cualquier otra postura sería tachada de egoísta, «¿cómo se puede querer a alguien así?». El Super Yo es verdaderamente exigente y poderoso con el Rescatador; lo que hace, lo que tiene, obedecen a su dictado; le empuja a convertirse en el perejil de todas las salsas, un condimento que resuelve —o lo intenta— el sinsabor de la vida ajena, a veces regalando eficacia, a veces haciendo concesiones. Decepcionar a las personas, sentirse rechazado o no valorado, comprender que su ayuda ha sido infructuosa, le producen la mayor de las heridas, por ello antepone las necesidades de otros a las propias. Desde la infancia se prepara para ser maestro de 4 66 los recursos, proveedor de consejos, distribuidor de soluciones, repartidor de favores... incluso cuando no se los piden. A veces lo hace desinteresadamente y otras porque ¿qué persona puede, al final, ser más agradecida que la que está muy necesitada? El amor, los cuidados y la eficacia que desparrama el Rescatador tienen un precio: los espera de vuelta. Vive en permanente conflicto inconsciente entre el deseo de amar y la necesidad de sentirse amado; entre la estima personal y la urgencia de percibir que los otros responden con agradecimiento. En muchas ocasiones se vuelca en los demás para huir de sí mismo, se gusta solo cuando le responden positivamente. Alterna estos periodos de incertidumbre personal con otros de absoluta confianza en que tiene algo valioso que compartir con la humanidad: su propia persona, su capacidad de dar atención y afecto. Considera un privilegio participar en la existencia de alguien. Pronuncia sin cesar «Déjalo en mis manos», mientras levanta una ceja y piensa para sí «Todos me necesitan». Su tema de conversación favorito gira en torno a las relaciones humanas, razón por la que en este arquetipo seductor abundan las mujeres: la arquitectura del cerebro femenino facilita la gestión emocional . Por supuesto, la entrega de atenciones y de amor hacia una multitud puede resultar excesiva incluso para el más dotado de los Rescatadores; sentirse imprescindible para demasiada gente, sobre todo cuando tienen problemas difíciles (que son sus favoritos, para qué vamos a engañarnos), acaba perturbando su cuidado personal y agotando las energías de este singular héroe, de esta eficaz heroína. 5 EL RESCATADOR 67 Salta el llanto, estallan las emociones, prorrumpen lamentaciones; algo a lo que los Rescatadores no nos tienen acostumbrados. El terreno queda entonces abierto para ser abonado: entrégale amor, dale importancia, exprésale gratitud..., castígale ligeramente haciéndole notar que ahora tú eres el imprescindible y el Rescatador pasará a ser irremediablemente tu seducido. RESUMEN ¿Qué ofrece? Servicio, ayuda, generosidad, favores, rescate. ¿A quién? Personas con problemas; desorganizadas, amantes del «juego de víctima» o también tan sumamente despistadas o pasivas que necesitan que otro les resuelva y organice la vida. Gente sola o con baja autoestima. Narcisistas que ansian engordar su sentimiento de excepcionalidad. ¿Cómo lo hace? Hace favores, presta atención y cuidados, organiza, decide. Valora las virtudes, simplifica los problemas. Se rodea de un halo espiritual más que físico. Se presenta como el amigo o la amiga ideal. Motivaciones: necesita sentirse indispensable, saberse amado. Desea caer bien. Expectativas de los seducidos: sentirse ayudados, amparados, comprendidos, ensalzados, sin que, en principio, exista servidumbre sexual. Claves para seducir a los Rescatadores: más que admirar la ayuda que presta, valora sus cualidades internas: su ge- 68 nerosidad, sensibilidad con los sentimientos ajenos, romanticismo, energía y expresividad. Evita que dependa de los favores que está dispuesto a hacer por ti. Presta atención a sus necesidades, pregúntale por ellas. Anímale a decir «no». Déjale espacio y tiempo para que se ocupe de sí mismo y quítale de la cabeza que está siendo egoísta. 4 EL ARTISTA

U n a mujer irrumpe en el café Les Deux Magots, en París. Sostiene veinticinco años rotundos, «escandalosamente bellos», se dice, y la gente se vuelve a mirarla. Picasso, que almuerza con un grupo de amigos, ya sabe que se llama Dora Maar. Le había seducido días antes; ella jugueteaba con una navajita, sus dedos bañándose en hilos de sangre como tiras de perlas rojas. El pintor supo que estaba frente a una mujer especial, distinta, enigmática, altiva, melancólica y con ideas propias. En el café, Dora se dirige a la mesa de Picasso y aguanta su trepidante mirada sin pestañear, mientras va tirando de sus guantes lentamente, dedo a dedo. «Eran unos guantes negros, con aplicaciones de pequeñas flores rosas», recordará siempre Picasso. Dora le produce la más indómita turbación; la persigue, la consigue, la convierte en su amante y, pasado un tiempo, la subyuga. En breve, el seducido cambia papeles y pasa a ser el seductor. «Después de Picasso, solo Dios», afirma Dora Maar en el epicentro de su ciclónico idilio. Había sido una espíen- 70 dida fotógrafa; pero por él lo deja casi todo, incluso su cordura. «Me volvía cualquier cosa que [él] quisiera: un perro, un ratón, un pájaro, una idea, una tormenta. Eso es una gran ventaja cuando te enamoras», asegura en sus memorias. En 1929 Paul Éluard compra un piso a Gala con buena parte del dinero que había heredado de su padre. Destina la mejor habitación a su compañera; una estancia ovalada con vistas a las campanas del Sacré-Coeur. Ha adquirido una mesa de tocador art déco; sobre el espejo central escribe: «Con una caricia, puedo hacer que brilles como la más luminosa». Con su impecable sentido de la moda, el poeta ha llenado el armario de Gala con vestidos nuevos, sorprendentes, todos ellos diseñados por los modistos más emblemáticos del momento. El movimiento de las puertas del armario, al abrirse, arremolinan los vestidos, haciéndolos flotar como peces tropicales de un acuario. Éluard la echa muchísimo de menos. Pero ella no tiene intención de volver; ahora mantiene devaneos con Dalí. Gala sabe lo que quiere: inundar su vida de placer y dejarse acompañar por un genio. También sabe lo que no quiere: la mediocridad. Te presento al hombre y a la mujer que mejor descolocan lo cotidiano; los ases de la provocación, los maestros de la originalidad, los titanes del romanticismo; compañeros de ruta siempre arriesgados, ilusionistas, asombrosos, intuitivos, distintos, inconformes y también, todo hay que reconocerlo, un tanto melancólicos. Son a la vez musa y creador, motivación y obra, confusión e ilusión. Mantienen un eterno dilema entre la necesidad de comunicarse y el ansia de no ser molestados; entre el anhelo de apertura y el deseo EL ARTISTA 71 de no ser descubiertos del todo. Cohabitan con lo femenino y lo masculino simultáneamente: ropa, decoración, diseño, estética, belleza y arquitectura física que tanto gustan a las damas se entremezclan con atributos rudos y con la independencia inconformista propiamente viril. «Soy una mujer —afirma Picasso—. Todo artista es una mujer y deben gustarle otras mujeres. Los artistas homosexuales no son verdaderos artistas porque les gustan los hombres» El Artista destila aires andróginos, la dicotomía entre masculinidad y feminidad siempre revoloteando en su conducta como polen en primavera. En su imagen restalla una continua pugna entre lo brusco y lo primoroso, por ejemplo, el entrecejo y bigote de Frida Khalo como dos trazos negros surcando un jardín de flores, o el esmoquin de George Sand, Greta Garbo o Marlene Dietrich, sus cigarros de macho, la brusquedad de sus pisadas, su hombruna forma de estrechar la mano; gestos viriles en los que se intercalan fulgores de la más gigantesca sensualidad femenina. Estas mujeres visten de caballero y, al mismo tiempo, inundan a los observadores masculinos con una tromba de señales. Anuncian que, en caso necesario, saben acariciar, gemir y brillar como lo haría una diosa. «La lucha del ángel y el demonio estaba expresada de manera matemática en su cuerpo», escribe García Lorca refiriéndose a la pintora María Blanchard. La mujer Artista desdeña cualquier forma de compromiso amoroso, igual que hacen los hombres de su especie; aquí yace, en parte, uno de los puntos fuertes de su atractivo: «Su frialdad desprendía un encanto al que no se podía ser indiferente», comenta Henri de Regnier de la pintora Berthe Morisot (1841-1895). 2 El impecable manejo de la mirada es una constante c o mún en todos los seductores de este arquetipo; si la protagonista es mujer, los ojos bañan a sus colegas de género de un modo inquisitivamente masculino, pero con los hombres se transforma en un manto cálido y libidinoso. Por su lado, el varón de este arquetipo abre sus apetitos con todo aquello que gusta a las mujeres: emociones, ropa, señuelos de belleza, complementos y objetos exquisitos protagonizan su galería conductual. Al lado de este arquetipo ocurren cosas que ahuyentan la rutina y aniquilan el relax; es como un pequeño animal avanzando en la noche, posee un sentido estético de lo absurdo, crea magia, se arroja con pasión en los brazos de las diferencias, de la revolución creativa, del amor en sus más novedosas y extremistas versiones. El toque de color, el romanticismo, la originalidad, el drama, la tragedia, forman parte de la identidad del hombre y mujer Artistas. También se divierte, incluso se excita, haciendo lo que no toca hacer; bien lo demostró en 1902 la pintora española Maruja Mallo cuando tuvo la ocurrencia de surcar sin sombrero la Puerta del Sol madrileña. El acto fue tachado de imperdonable escándalo y por él recibió, a cambio, una lluvia de pedradas. Si quieres imitar este estilo de seducción, es mejor que estés dispuesto a asumir riesgos. El hedonismo voluptuoso, casi barroco, coñgura un de sus sellos de identidad; para seducir, los Artistas ce mienzan consigo mismos, amándose de una forma aud? casi impúdica; nunca tratan de agradar a otros sin habei sumergido, previamente, en lisonjas personales. Traba nara sufrir; se maceran en el convu EL ARTISTA 73 éxtasis de los objetos bellos, de la comida y la bebida singulares. La estética, el arte, la hermosura, el diseño, la vanguardia, desatan en su psicología un desbocado torrente de pasión; la sofisticación intelectual constituye a la vez su meta y su estandarte. Y también lo es el vestuario. Nunca demasiado estridente, siempre diferente. Su marchamo de identidad se concentra en su ropa, el peinado y los abalorios. El día que Pablo Picasso iba a recoger un importante premio todos los asistentes vestían etiqueta rigurosa, pero él prorrumpió con sandalias de pescador y camiseta de rayas. Sin esa indumentaria el acto habría transcurrido correcto y aburrido; de alguna forma Picasso, vestido de esmoquin, era menos Picasso. Gala también permitía que Dalí la vistiera y siempre «tenía un aspecto extraordinario. Su vestimenta habría parecido completamente absurda en cualquier otra persona», asegura una de sus amigas . 2 El Artista utiliza la ropa como martillo de impacto. Nada es casual, incluso la pelambrera más anárquica está suspendida, ni más ni menos, como debe. Cuando Rasputín entra en San Petersburgo (1903) tiene treinta y cuatro años, el pelo largo, grasiento, separado en el medio de la cabeza, con greñas colgantes sobre los hombros. La barba negra, desigual, salpicada con restos de comida de días atrás, le alcanza el inicio del pecho. Viste un blusón que le llega hasta la mitad del muslo, recogido con un cinturón. Botas de cuero altas en las que introduce la pernera de unos pantalones anchos. Una llamativa cicatriz le surca la frente, expone la nariz grande, escudriñadora, y unos ojos magnéticos e inquisidores. Su indumentaria rústica, su aspecto desaliñado, no le intimidan cuando 74 transita con aplomo entre peatones que llevan un merengado estilo parisino; San Petersburgo, en aquellos días, ha perdido el aire ruso y vive anegada en la exquisitez francesa. Rasputín proviene de Siberia, un páramo remoto donde solo hay nieve y barro. La elegancia de la ciudad, con su avenida principal tapizada de madera para evitar que los cascos de los caballos perturben las conversaciones de los transeúntes, se le antoja al campesino un plato tan apetitoso como la aristocracia que pulula por el lugar. Lo más granado de la sociedad rusa vive al mando del aburrimiento, apenas hacen más que pasear apabullantes joyas y picotear de fiesta en fiesta. Se han puesto de moda los divertimentos esotéricos, las novedades excéntricas y los pasatiempos espiritistas. Ociosos, nadando en la abundancia y en la vaciedad, los ricos encuentran divertido conversar con los muertos. La clase alta pierde las horas en actos sociales, las mismas personas se ven en los mismos salones y hablan de las mismas cosas, se abren a los vicios más inconfesables con tal de ventilar un poco su monótona existencia de lujo. En medio de tan pomposa decrepitud aparece Rasputín. Llega de la mano de su anfitrión en San Petersburgo, la personalidad religiosa a quien la clase alta ha nombrado confesor de sus pecados mortales. Este oidor de tantas inmundicias aristocráticas es perenne invitado en todos los salones importantes. Ese día, concretamente, toca asistir al palacio de un primo del zar, donde se han reunido príncipes, duquesas, condes, oficiales y miembros del Gobierno. Unas mil personas en total pululan al olor de extravagancias con las que izar el ánimo. Grigori Rasputín les ofrecerá la droga que ansian. 75 EL ARTISTA Los presentes congelan su mirada cuando el barbudo y melenudo sujeto atraviesa oropeles y pisa alfombras en dirección al anfitrión de la fiesta. El campesino exhala una tranquilidad pasmosa; Rasputín sabe que, para salir triunfante, tiene que fascinar al adversario con un impacto rompedor. La indumentaria sin duda ayuda, pero tiene previsto emplear algo más: sus ojos y su pregunta inicial. El primo del zar, anfitrión del sarao, levanta su atildado bigote hacia el espécimen humano que se le aproxima con esa superioridad entre incrédula y divertida que tanto gusta a los de su posición. Grigori Rasputín taladra e inmoviliza al noble con su celebérrima mirada aguamarina. Luego, sin apartarse un ápice de su diana, inquiere qué tal funciona la vida sexual del oponente. Mil pares de ojos se clavan sobre su insólita presencia y mil mentes se suspenden ante tan arrebatadora osadía. El interrogado, sin saber cómo salir del apuro, farfulla una respuesta más o menos airosa. Minutos después los invitados se agolpan alrededor del siberiano, ¡tienen tanto que preguntarle! Rasputín se convierte en el rey de esa escena y de todas las que vendrán en el futuro; su hechizo alcanza una dimensión afrodisíaca tan descomunal que las mujeres compiten para mantener relaciones sexuales con él, mientras que los maridos de las que consiguen triunfar presumen frente a otros de la hazaña conseguida por sus esposas. Jamás, hasta su muerte, Grigori Rasputín renunció a su vestimenta ni a sus greñas. Formaban parte de una identidad que resultó muy suculenta en aquel núcleo social tan empalagado de diamantes, corsés y brocados . 3 Sin llegar al estrepitoso y patológico histrionismo de este titán siberiano, si quieres imitar a un Artista debes 76 abrirte a lo fastuoso, convertirte en un ilusionista y estar dispuesto a romper muchos moldes. Te criticarán los que no se atreven a salir de la etiqueta que imponen las reglas vetustas, pero te adorarán los amigos del aprendizaje y de lo nuevo. Y también, según aconsejan los especialistas en el tema, entrégate a las mujeres, habla con ellas tanto como puedas sabiendo que son (somos) la mejor de las escuelas. «Con una mujer no debes preocuparte por qué decir ni tampoco debes esforzarte en parecer muy sensible, ya que ellas lo hacen por ti. A su lado, simplemente déjate llevar», alentaba Benjamín Disraeli, el gigantesco aristócrata inglés que, a mediados de 1800 tenía la briosa osadía de presentarse en una cena con pantalones de terciopelo verde, levita amarilla, puños de encaje y zapatos sumergidos bajo una fulgurante hebilla. Su aparición constituía una bofetada solar en medio de un ambiente plagado de cuervos y fumata gris, «pero al final de la velada, todos los invitados señalaban que la conversación más ingeniosa había procedido, precisamente, del hombre de la levita amarilla» . 4 Igual que Disraeli, lánzate sobre los aburridos, impáctales, provoca sus miradas, atrapa sus mentes, exhibe moda y estilo, pero a no ser que seas un coloso de la genialidad burbujeante, es mejor que renuncies a lo estridente o correrás dos riesgos imperdonables. Uno de ellos es que podrías dejar hipnotizado al personal con tu aspecto externo; no lograrán traspasar la barrera superficial y perderán las ganas de conocerte más. Otro peligro, casi peor que el anterior, es que podrías caer en el ridículo; esto es, en el cianuro que fulmina EL ARTISTA 77 esa clave de la seducción que es la elegancia. El ejemplo de cómo precipitarse hacia la más absoluta, aunque monárquica, vulgaridad lo perpetró el rey Víctor Manuel II (1820-1878), primer soberano de Italia. Por alguna impenetrable razón personal, el monarca sentía especial predilección por la uña del dedo gordo de su pie derecho; la dejaba crecer durante un año completo. El primer día del año nuevo tenía lugar una esplendorosa ceremonia en la que el joyero real procedía a seccionar el repulsivo prolongamiento real, que podía alcanzar unos tres centímetros en años especialmente productivos. Con todo boato trasladaba el objeto a sus talleres, donde lo pulía, cercaba con oro y salpicaba con diamantes. Una vez transformada la pieza, el rey se la regalaba a su amante de turno. El Artista maneja, además, otros signos distintivos: la ambigüedad, los equívocos, el arte de la insinuación; puede ser al mismo tiempo impertinente y desinhibido, educado y discreto, transgresor y tradicional. Exhibe efervescencia de maneras y estilo, rodeos fantásticos, encanto físico y social, impenetrabilidad mental y distanciamiento de la gente. La dualidad es constante y está siempre presente: por un lado, el artista se muestra famélico de compañía admiradora; por otro, odia que se invada su parcela privada, es entusiasta y melancólico, abierto y cerrado, proyecta gran parte de su biografía en sus obras, pero mantiene el enigma acerca de cuánto de sí mismo hay en ellas; coquetea con el misterio igual que el novelista: los lectores nunca saben la cantidad de experiencias personales, el volumen de realidad, que encierran las páginas que están leyendo. Los Artistas ansian la adoración de quienes están alrede- 78 dor, pero bloquean el acceso de ese mismo público a la intimidad de su persona. El pintor Diego Rivera, por ejemplo, manejó a las mil maravillas una impúdica displicencia hacia la compañera de su vida, Frida Khalo, garantizándose de este modo su apego servil y rallante en lo patológico. Él aseguraba necesitar «calma y espacio», mientras ella se dedicaba a justificarle y a entregarle masas de apoyo incondicional. «El pobrecito Diego, por más que quiera, no puede ayudarme, pues tiene encima el problema de su trabajo y miles de cosas». Como todos los de este arquetipo, Rivera intercala periodos de convulsa necesidad de contacto humano con fases de absentismo en las que prohibe el acceso ajeno a sus fuertes emociones internas. Los Artistas utilizan esta actitud como método de angustioso castigo al seducido; el tormento es más perverso cuanta mayor culpabilidad se instale en el destinatario de los encantos, por ejemplo, en una carta desgarradora, Frida expone: «Yo no tengo nada porque no lo tengo a él [Diego Rivera]. Nunca creí que significaba para mí todo, y que yo, aparte, valía como una basura [...] siento que el único remedio es separarme de Diego, pues no veo ninguna razón para vivir juntos evitándole la completa libertad que exige» . 5 Igual que el pintor Rivera, los Artistas son indómitos y enemigos del compromiso personal. Solo están dispuestos a esclavizarse por las sorpresas que propone el destino, generalmente estético, con las que pueden elaborar nuevas creaciones: las buscan, las transforman, las fagocitan. Se entregan con devoción a su magia y al producto de su labor; se consagran a su trabajo y a sus sueños; en cambio, EL ARTISTA 79 con los seres humanos muestran caprichosos vaivenes de interés. Separándose de la gente, los Artistas acceden más fácilmente al riquísimo manantial inconsciente que bulle en sus mentes; una vez identificado, son capaces de darle forma y exponerlo fuera, siempre esperando encontrar espectadores dispuestos a admirar el resultado. El autodescubrimiento, el mundo subjetivo, son su meta y su motor; los contrastes de su alma, los viajes de su mente, constituyen inagotables fuentes de placer individual. Por eso conserva grandes zonas de uso privado e impenetrable, jamás este seductor enseña sus procesos ni sus trucos, aunque sí expone la magia del resultado. Otro rasgo distintivo del Artista es que mientras seduce, se comporta como un fogoso maremoto sexual, aunque su motivación es más emocional que física. Derrocha cataratas de romanticismo y pasión, exhala drama barroco, ampuloso, exuberante. El deseo ardiente dispara su creatividad y catapulta sus ideas más brillantes; los Artistas aman cualquier forma de pasión y también la contagian. No luchan por llamar la atención, más bien ocurre al contrario: la atención se les adhiere al cuerpo y les persigue allá donde van. Además, el Artista presenta asombrosa capacidad para enaltecer sus defectos y transformarlos en virtudes singulares: «Me gusta escucharme a mí mismo. Es uno de mis mayores placeres. A menudo mantengo largas conversaciones conmigo, y soy tan inteligente que a veces no entiendo ni una palabra de lo que digo», profería Osear Wilde. Los comentarios acerca de su propia persona desprenden un halo plagado de humorística crueldad, de aplomo y superiori- 80 dad. Si quieres adoptar su estilo, hazte un maestro de la ironía aplicada a ti mismo; ensalza cualquier rasgo distintivo de tu físico o de tu conducta, sobre todo si no responden a lo que está socialmente valorado, demostrando la cantidad de excelencia que te confieren. Exprésate con franqueza absoluta y, como hacía Frida Khalo, expon «de una manera tranquilamente feroz» los hechos peculiares que conciernen a tu persona. 6 El Artista maneja el misterio, el poderoso y esencial misterio de todo seductor, de un modo transgresor y sutil al mismo tiempo. Por un lado, deja que te pierdas en su constante lluvia de pequeñas insinuaciones, ligeros golpes al subconsciente como los que daba Marilyn al mencionar las gotas de Chanel n.° 5 que usaba a modo de pijama; frases que mariposean durante años en la imaginación del destinatario, disparos verbales que te sumergen en un dulce trance y anuncian que, a su lado, el placer no es solo probable sino posible. También, por supuesto, el Artista es hábil blandiendo el castigo. Sus métodos, en este sentido, pueden alcanzar una enloquecedora crueldad; jamás, bajo ningún concepto, permitirá el Artista que interfieras entre él mismo y su vida creadora. En su mundo personal no hay invitados, su compañía es siempre enigmática y elusiva, tan pronto está a tu lado como al lado de uno de tus contrincantes; son pirotécnicos de los celos. Cualquiera de los seducidos entiende que los minutos junto a un Artista son un bien tan precioso como escaso. Si quieres que permanezca a tu lado, debes estar dispuesta o dispuesto a vivir suspendido de un enigma tan conmovedor como angustioso. Dora Maar, EL ARTISTA 81 por ejemplo, amó a Picasso hasta la enajenación; por él pierde la capacidad para crear, la razón, la felicidad. Al final de sus trágicos días confiesa: «Yo no fui amante de Picasso; él solo fue mi amo». EL ARTISTA VISTO POR DENTRO Los Artistas corresponden al tipo que Jung define como introvertido e intuitivo. Son emocionales, introvertidos, románticos, se autoaniman con frases del estilo «Soy especial, tengo estilo y poseo toques de distinción». Viven apegados a lo doloroso de su pasado, lo cual condiciona su presente; apenas dedican energía a pensar en el futuro. Transitan por la infancia sin identificarse plenamente con ninguno de sus progenitores, bien porque nacen en un hogar desestructurado o deficiente en afecto o, simplemente, porque su sensibilidad creativa entra en conflicto con la de los mayores. El niño Artista se siente incomprendido, diferente y en general bastante solo. Al no hallar referencias positivas en ninguno de sus padres, es razonable que el pequeño intente sobrevivir refugiándose en una ardiente imaginación; la utiliza como medio de disfrute y como receta de aprendizaje sobre sí mismo y el entorno. La creatividad se convierte en la herramienta con la que edifica su identidad; también le sirve para elaborar razones que expliquen las causas del desdén que nota en los adultos a los que ama y necesita. En ocasiones se defiende con sentimientos de rabia hacia ellos, 82 pero también tiende a echarse la culpa, a pensar que posee rasgos defectuosos, que no da la talla. Volcando su mirada hacia su interior, quizá descubra, con suerte, alguna cualidad que le sirva para no sentirse tan dolorosamente diferente al resto de los humanos. Paradójicamente, en lugar de encontrar puntos comunes, halla singularidades que le resultan, a la postre, más interesantes que la normalidad imperante en el exterior. Su mundo interior, aunque doloroso, es de una variedad multicolor. Esta diferencia galvaniza su personalidad, le invita a sentirse único, especial, y además, por vez primera, la gente que le circunda comienza a mirarle con curiosidad, a prestarle atención, incluso admiración, cosa que no ocurría cuando intentaba con todas sus fuerzas ser como todo el mundo. Así edifica el poderoso ego que le acompañará el resto de su vida y, además, fortalece una desdeñosa actitud hacia muchos aspectos que la sociedad considera adecuados. La vulgaridad, la cotidianidad y lo que es común a la mayoría, se convierten en sus enemigos favoritos; en cambio, se alia con la transgresión, con lo innovador y, por ello, recibe comentarios sublimes: «Tú restituyes la vida a los inútiles», le dijo Alma (Mahler) al pintor Osear Kokoschka, su amante entonces. Los Artistas se sienten importantes cuando se niegan a ser como otros: «¡Con qué ojos mira la gente común a los elegidos [como nosotros]!», afirmaba Chejov en una carta . Su interior es su escuela, allí se autorrenuevan, generan belleza, encienden su intuición y su creatividad, se vuelven imaginativos, logran el contacto con Dios. Aunque pasan la vida dialogando internamente para averiguar quiénes 7 EL ARTISTA 83 quieren ser, sin embargo, saben perfectamente a quiénes detestan parecerse. La herida emocional que produce el rechazo temprano de sus padres induce al Artista a embarcarse en la eterna búsqueda del padre o madre ideal: una persona con sensibilidad para captar sus auténticos valores, con inteligencia para admirar sus virtudes intrínsecas, con fuerza para solucionarle sus problemas, con recursos sorprendentes de los que poder aprender, con habilidades para conmover, y con la bondad suficiente para apoyarle, servirle, engrandecerle. Casi nada. Es razonable pensar que tan utópicas expectativas choquen de frente con la vida real, y así ocurre la mayoría de las veces... hasta que aparece alguien tan original como el propio Artista. Alma Mahler, por ejemplo, fue extraordinaria con los hombres de su vida. Actuó de madre y amante; se ocupaba con primor de todos los detalles, organizaba la economía, gestionaba la administración, coordinaba la intendencia doméstica, hacía de secretaria y, lo más importante, encumbraba a sus amados al pódium de los dioses, logrando que extrajeran lo mejor de sí mismos. La naturaleza los cría y ellos se juntan, que dice el refrán. Al poco de conocerse, el Artista y su adorada echan mano de su poderosa imaginación para atribuirse mutuamente las titánicas virtudes soñadas en el padre o madre ideal. Los comienzos suelen desatar fogosas pasiones, uno y otro se idealizan y enaltecen, con frecuencia su creatividad se vuelve fértil y efervescente, ambos fantaseando sobre la extraordinaria vida que llevarán en común, ambos proyectando en el otro la imagen del progenitor idílico y onírico. 84 Resulta curioso que, entre todos los admiradores que le circundan, el Artista hombre o mujer suele enamorarse de personas tan sorprendentes como ellos mismos, en parte porque el fulgor del otro sirve para abastecer el propio. De alguna manera, la singularidad ajena es la gasolina que enciende y mantiene su motor creativo, e inconscientemente pretende convertir a su pareja en un inagotable surtidor. «Cuando estoy con ella [Alma], acumulo la energía que preciso para producir», decía el biólogo Paul Kammerer refiriéndose a su adorada Alma Mahler . En los ojos de esta dama el hombre se veía grandioso, todopoderoso, lo cual le servía para apreciarse a sí mismo cada vez más, pues si una mujer tan inteligente y brillante le consideraba divino, es que debía serlo. 8 En los albores de su andadura en pareja, el Artista suele iniciar la absorción de la compañera: sin duda, la individualidad de ella puede eclipsar el brillo de la propia individualidad. Evita a toda costa sentirse rechazado, no escuchado, insignificante, y más vulgar que la pareja. El Artista desarrolla en la niñez un profundo y devastador sentimiento de nostalgia y envidia por lo que le falta, se atormenta con el logro de un amor que le devuelva la plenitud, busca la conexión intensa, profunda y, simultáneamente, se odia a sí mismo por necesitar que otros le cuiden. Entre ambos miembros de la pareja se establece una extraordinaria y poderosa lucha de seducción y también de succión. Su relación se torna trágico-dramática. En la pugna entre Picasso y Dora Maar, por ejemplo, el pintor venció a la fotógrafa; algo similar sucedió en la pareja de Diego Rivera y Frida Khalo, o de Rodin y Camille Claudel. EL ARTISTA 85 Como es de esperar, después de la turbulencia pasional viene la calma. Otras personalidades vivirán este tranquilo periodo de paz con sumo agrado, pero no le ocurre así al Artista. El sosiego rutinario es tóxico para su genialidad, es decir, erosiona el instrumento del que se sirve para alcanzar su gloriosa identidad. La excesiva entrega al otro impide el acceso al rico mundo interior, poniendo en peligro el maná que otorga dimensión y sentido a su vida. El Artista necesita volver a sus adentros, entonces el compañero que antaño eligiese Cupido ya no resulta tan esplendoroso; transcurrido un cierto periodo, la persona que antes encendía una suerte de electricidad interior deja de ser novedosa y se convierte más bien en un molesto estorbo. El Artista se pierde en una melancólica decepción cuando descubre que, en lugar del progenitor-amante soñado, lo que tiene a su lado es un ser humano normal, con imperfecciones comunes a casi todo el mundo, con ideas propias y ganas de preservar una parcela infranqueable, es decir, que es más o menos como él mismo. No tarda mucho en retornar la mirada a su interior, el lugar del que cree que nunca debió salir... para enseguida sumirse en nuevas fantasías, cada vez más desesperadas, en las que vuelve a soñar que se vincula a alguien extraordinario, un nuevo compañero de ruta que sirva de batería, de sorpresa, de musa y apoyo. RESUMEN ¿Qué ofrece? Originalidad, creación, refinamiento, hipersensibilidad, romanticismo, ilusionismo, hedonismo y, en muchos casos, exquisitez y ambigüedad sexual. 86 ¿A quién? Personas sensibles a la belleza, a la innovación en todas sus manifestaciones, amantes de lo distinto. También a personas que puedan ayudarle socialmente (para vender sus obras, por ejemplo), o que sirvan como estímulo para su genialidad. ¿Cómo lo hace? Impacta con la creatividad, la originalidad de su ropa, con lo que dice, con la agudeza o genialidad que pone en sus acciones. Se muestra masculino o masculina con las mujeres y femenino o femenina con los hombres. Es intenso, profundo, auténtico. Comprende los sentimientos. Motivaciones: anhelo de sentirse especial. Huida de lo que es ordinario y común. Búsqueda de su identidad, disfrute de su singularidad. Logro de un amor total. Pasión y romanticismo. Lucha contra las personas que lo defraudan, que lo abandonan y le hacen recordar así su pasado. Expectativas de la persona seducida: compartir su existencia con un genio. Vivir junto a él un momento placentero, convulso, emocionante. Aprender. Aumentar su propia originalidad emulando los secretos del Artista. Claves para conquistar a un Artista: respeta su idealismo y su espacio creativo. Admira y fomenta su visión romántica de la vida, comprende sus periodos de melancolía, acéptalos como un rasgo adscrito a su sensibilidad y necesario para su creatividad. En lugar de intentar que cambie, hazle ver que de verdad le entiendes. Valora sus puntos fuertes: sensibilidad, originalidad, capacidad para compenetrarse con los que sufren, pasión, idealismo, profundidad, autenticidad. 5 EL CAUTIVADOR

«¿Sabes qué es el encanto? Conseguir un "sí" sin q u e tú h a y a s p r e g u n t a d o o p e d i d o algo claramente». ALBERT CAMUS 1 E s t e capítulo analiza al torrente de entusiasmo, al rey o reina de la empatia, los motivadores por excelencia, los ases del optimismo y del disfrute de la vida, cazadores de oportunidades, contaminadores de una existencia multicolor. Nuestro arquetipo bebe de las fuentes psicológicas que te transportan al paraíso de la niñez feliz, abierta a las sorpresas, desprovista de pretensión, amiga de la curiosidad, de la sinceridad espontánea e inocente. Su alegría es desordenada; su ímpetu, torrencial; su agilidad, inteligente. Los Cautivadores manejan mejor que ningún otro perfil una herramienta sublime, irresistible, a la hora de seducir: dan las gracias. Lo hacen de un modo exuberante y 88 sincero, agradecen los detalles grandes y sobre todo inciden en los pequeños: ese saludo cortés, esa llamada, esa sonrisa. Su gratitud sacude tu inconsciente y hace que tu vanidad flote en un río; te hace sentir importante y te empuja, excita tus ganas de ser útil una vez más, te anima a producir gestos que le agraden... para así volver a oír de su boca un nuevo «¡Gracias!». Su reconocimiento es una dulce droga que engorda tu ego y, a la vez, te sumerge en sus manos. Este arquetipo de seducción comparte bastantes rasgos con el de los Rescatadores, pero se distinguen en que el Cautivador es una máquina en movimiento. Si el Rescatador dedica toneladas de tiempo a escuchar, el Cautivador obliga a actuar; la inercia de su espíritu contamina, arrastra. Posee una mente saltarina, alerta, veloz, contagiosa, además de memoria y dotes lingüísticas remarcables. La espontaneidad que añade a sus entregas verbales le confiere un aire joven y fresco, con independencia de su edad real. Estar al lado de un Cautivador es abrirse a los estímulos que otorga la vida, pasar a la acción, producir, crear, hacer. Su apertura a la vida, a las experiencias, le convierten en fabuloso conversador; de modo improvisado, casi sin esfuerzo, te envuelve con sus historias, anécdotas, cuentos y detalles; es un genio con la frase corta de moraleja larga, propietario de una indudable cualidad oral. Gran parte de su magnetismo se origina alrededor de su boca: hablar, comer, reír, besar..., y mientras charla, mientras está contigo, se detiene largamente, voluptuosamente, en la forma y movimiento de tus propios labios. EL CAUTIVADOR 89 Los Cautivadores abanderan la sólida unión entre lo que se piensa y lo que se hace, son amigos de la inmediatez, abren su mente a todas las oportunidades que ofrece el mundo, de las que podrían beneficiarse de forma instantánea. Otean placer estimulante y proveen vivencias efervescentes; a cambio esperan apoyo, novedades y aprendizaje. Su proximidad impulsa el burbujeo de los presentes, son la imagen de la naturalidad, de la familiaridad, de la insolencia cascabelera; manejan el secreto de la transferencia afectiva, insuflándote, literalmente, un rayo fresco en vena. Se desenvuelven de maravilla en las distancias cortas y también en las largas, son fascinadores a pequeña y gran escala, y además de encender a taciturnos, iluminar a apocados, animar a pesimistas y acompañar a dinámicos, parecen bendecidos con ese mágico don que subyuga a las serpientes. Los Cautivadores conocen bien la opresión bajo la que vive sometida la mayoría de los adultos y, con las habilidades naturales de un niño, se erigen en simpático elixir que suaviza lo negativo. Son los mejores anfitriones, zahoríes de las fuentes de optimismo en cada rincón, en cada acción. Junto a ellos las inseguridades parecen menos sangrantes. Si quieres adoptar sus maneras recuerda que debes, en primer lugar, inspeccionar el mundo con una lupa que agranda la frescura y que permite separar las negruras de los destellos de color. El truco consiste en no fijarse en las cosas ni en los símbolos que emplean las personas para comunicar a terceros quiénes desean ser; no en vano, a veces un flamante automóvil cobija a un conductor agónico o de- 90 sesperado. Al Cautivador le interesan los corazones sombríos, con independencia del fulgor que pueda despedir el refugio en el que se escondan; la gente con falta de motivación constituye el territorio que mejor abraza sus habilidades seductoras. Para este arquetipo, los individuos son una fuente inagotable de novedades; disfruta de su conducta acrisolada, millonaria en vericuetos, suculenta en posibilidades; los Cautivadores alimentan su satisfacción personal con la variedad que proveen los demás, el modo en que se comportan, la forma en la que viven, los beneficios que su contacto podría aportar. En definitiva, si quieres seducir como un Cautivador, comienza abriéndote a las personas, a todas las personas. En este punto se despliega tu mayor atractivo y también tu mayor peligro: la dimensión de tu campo de interés puede alcanzar un tamaño falto de horizonte, llevándote a saltar de un contacto a otro sin detenerte en ninguno en particular. Tu impacto en almas y cuerpos será tan sugestivo como efímero, rozarás la superficie, pero no hechizarás mentes ni robarás corazones. Para seducir, recuérdalo, debes ser generoso en la entrega de atención y tiempo, solo así podrás distanciarte de lo que parece, y escudriñar lo que tu fichaje siente mientras hace lo que hace. Observa si su postura y gestos faciales delatan que sus emociones distan de lo que pretende hacer creer: los cruces de brazos y piernas, el giro del cuerpo hacia una salida, la mirada esquiva, la falta de correlación entre el guiño de los ojos y la mueca de la boca... La mayoría de la gente camufla sus descosidos tras un disfraz lo más áureo posible; si te dejas cegar por el fulgor de la careta, te EL C A U T I V A D O R 91 perderás la expresión del rostro que hay detrás. Así que atraviesa las máscaras, escruta los actos y los planes, la coherencia entre lo que dice, lo que hace y lo que es, el posible abismo que pueda existir entre lo que tiene y lo que desea. Asalta a tu fichaje con una sencilla pregunta: «¿Qué quieres?». Si como respuesta te regala un agobiante listado en el que figura todo lo que no quiere, ya sabes que estás ante una diana con la que tendrás mucho éxito. La gente que tiene clara su meta es poco sugestionable y es mejor que no derroches esfuerzos intentando seducirla. Céntrate en un objetivo más desorientado. Los Cautivadores se mueven como pez en el agua en el universo de los agobios, allí ven un páramo que clama «¡Fertilízame!». Siguiendo su ejemplo, no concedas oportunidades al regodeo en la truculencia, a veces las personas se sienten importantes explicando con sumo detalle lo desgraciadas que son o lo abrumadores que resultan sus problemas; si les escuchas con la paciencia de un santo Rescatador solo contribuirás a potenciar su negativismo, y en él te incluirán también a ti. Tu provocación, como la de todos los seductores, debe impactar como un golpe vigoroso; el mazazo de los Cautivadores consiste en lanzar un estímulo que arranca una respuesta inmediata; no hagas concesiones a la reflexión, impon un ritmo trepidante, sorpresivo, incisivo, veloz. Si la persona está demasiado apoltronada, muévela; si está callada, pregúntale; si bosteza, acelera el compás de tu voz, el volumen de tu tono. En ningún caso tenses la cuerda demasiado, la llave de la victoria no está en la agresión, sino en el logro de un movimiento hacia un camino más agradable. Actúa en contraposto, no imites sus 92 gestos ni su estado anímico, haz lo que sea necesario para conseguir que él o ella imiten los tuyos. Y cuando por fin arranques su motor, enfoca su mirada, su atención y su acción hacia algo alegre y placentero. Si tu estilo es más bien pausado, si te gusta planificar y eres amigo de las concesiones, es mejor que busques otro modelo de seducción más acorde con tu personalidad, ya que, según has adivinado, los Cautivadores son héroes de la improvisación, ases del movimiento y reyes en el país donde no cabe el pesimismo por respuesta. Para un Cautivador, el pasado, el presente y el futuro están plagados de ratos felices, de cosas buenas; también lo están las personas. Dedícate a husmear en tus destinatarios aquello que anuncie puntos negros, un horizonte tedioso, y luego asáltalos sin contemplaciones; la provocación, recuerda, es el primer escalón de todo seductor. Acapara al otro aportando en masa la actitud que le falta: ritmo, entusiasmo y experiencias; una lluvia de estímulos positivos que ventile a los mustios o agite a aquellos en fase de esterilidad creativa. Caerán sobre tu alegría como abejas sobre el polen. Apunta tus flechas hacia la diana de su autoestima, enaltece aspectos insólitos como, por ejemplo, lo bonitos que son los lóbulos de sus orejas. Puede que olvide anteriores y posteriores menciones acerca de sus ojos, pero el feliz comentario sobre el apéndice de sus oídos será registrado con devoción, y si no lo crees, fíjate en cómo expone la zona durante vuestro próximo encuentro. Debes mostrar que controlas las emociones de tu fichaje para poder conducirle hacia los paisajes más luminosos de su pasado, a los oasis que hayan podido intercalarse en su EL C A U T I V A D O R 93 turbia existencia. En cuanto salga alguno a relucir, atrápalo y empuja a la persona a verbalizar todos los recuerdos agradables asociados a aquella experiencia; invítale a exagerar, potencia el ritmo de su relato, llévale a actuar, a enumerar olores, sabores, colores, sonidos, permítele ser sofisticado y exuberante, empújale a incorporar creatividad y echar mano de los ángulos más jubilosos de su subconsciente; mientras tanto, dedícate a simular que disfrutas con el relato y la transferencia positiva estará servida. Tu destinatario vivirá sin duda una ensoñación tremendamente agradable. En este estado ya es tuyo. Recuérdalo: nada tiene más éxito que el propio éxito, por eso, si quieres ser un buen Cautivador, permite que tus destinatarios conquisten terrenos y disfruten de pequeñas victorias. En este gesto radica precisamente tu toque de elegancia, el otro gran puntal que convierte la seducción en un juego tan sutil como irresistible. ¿Cómo castigan los Cautivadores? ¿Con qué fórmula infligen tormento? Una vez que su desbordante personalidad ha propulsado tu alma y su compañía ha vitaminizado tu estado anímico; una vez que, de su mano, has conocido mejores lugares y que tu ego se ha inflado al olor de su voluptuosa forma de agradecer, una vez se instala en tu vida la dulce corriente de su energía, comienzas a comprender que ya no puedes vivir lejos de él o de ella. El Cautivador, hombre o mujer, se convierte en la gasolina que enciende tu motor; destila aplastante seguridad, fuerza, optimismo, esperanza. Sin su proximidad el mundo parece más sórdido, o más aburrido, o más inmóvil, o más inseguro; necesitas su savia para moverte, para ilusionarte, para sentirte importante. 94 Así que, consciente de ello, decides recuperar su presencia... y le encuentras entregado a otras personas, otros estímulos, otras diversiones más novedosas que tú, mujeres y hombres que también pugnan para preservarla cerca. Inicias entonces una trepidante carrera para hacerle favores, gestos que le agraden y le despierten ganas de darte las gracias como antes, o puede que intentes monopolizarle a través de los celos. Haces arqueología en tus recursos personales para ver si encuentras alguno con el que reconquistar su atención. Quizá lo consigas de un modo tan vivo como efímero. Una vez has sido seducido descubres, un poco tarde, que tu seductor o seductora tienen dificultades para concentrarse en una sola diana. Cautivan a gran escala, a mucha gente, en múltiples sitios. En definitiva, la unión con un Cautivador es una golosina maravillosa y edificante..., siempre que no te enamores de él. EL CAUTIVADOR VISTO POR DENTRO El Cautivador posee la personalidad que Jung calificaría de extrovertida y volcada en las sensaciones, y el Eneagrama denominaría Entusiasta (ver capítulo 12). Suele disfrutar de una niñez excitante, movida, ávida de curiosidad y de experiencias que la madre, sobre todo ella, tiende a frenar. Puede correr tantos peligros y desplegar tanto movimiento, que resulta complicado protegerle o encarrilarle. Las madres de los Cautivadores suelen gozar, curiosamente, de estilo parecido al de sus retoños y dedican, igual que ellos, sus atenciones a una amplia gama de EL C A U T I V A D O R 95 aficiones y gentes. En consecuencia, el pequeño Cautivador inicia con su madre, o sustituto de esta, una suerte de competencia para ver quién puede más y, en el mejor de los casos, el combate termina volviendo autónoma a la criatura, que aprende a satisfacer sus intereses por cuenta propia. La evolución hacia este perfil de personalidad se debe en parte a que la madre, que bastante tiene la pobre con lo suyo, carece de tiempo material, o de capacidad, para nutrir suficientemente la infinita avidez de estimulación y contacto humano que el niño demanda. Como reacción, el pequeño busca su medicina no solo en su progenitora o en su hogar, sino también fuera de ellos. La emancipación, el corte de toda atadura, se convierten en una golosa meta; el niño Cautivador tiene multitud de amigos menudos y grandes, otea oportunidades de ser feliz en cualquier rincón y con cualquier persona. Aprende a mitigar su dolor e inseguridad volviéndose polifacético, absorbiendo todos los beneficios de terrenos dispares entre sí. La aventura de conocer, de explorar, se convierte en un objetivo, en un destino que exige estar receptivo aunque, en ocasiones, el ansia de movimiento impide al Cautivador profundizar y adquirir auténtico conocimiento. A veces, en su huida de lo desagradable, devora la vida sin saborearla: sus relaciones amistosas, profesionales o amorosas se vuelven superficiales y, en casos extremos, se aficiona al escapismo. Los Cautivadores son aficionados a la inmediatez, pero su tendencia al continuo movimiento acarrea problemas con la ejecución de los proyectos a largo 96 plazo; puede iniciarlos con gran entusiasmo pero le cuesta gran sacrificio concluirlos, debiendo poner en ello enorme cantidad de voluntad e inteligencia, por eso se ayuda a sí mismo vallándose, comprometiéndose con causas y personas que le sujeten y que, en resumen, delimiten la ligereza de su vida. Su mayor anhelo es huir de aquello que produce dolor mediante vías que le ayuden a experimentar, a aprender, a reencontrar la alegría. Los Cautivadores, en definitiva, buscan la diversión y esperan divertirse. RESUMEN ¿Qué ofrece? Alegría, optimismo, motivación y un verbo tan ágil como su mente. ¿A quién? Personas rígidas, encasilladas, con malas experiencias en la vida de adulto que necesitan un baño de positivismo. También personas perfeccionistas, demasiado autoexigentes, necesitadas de frescura y fluidez. ¿Cómo lo hace? Da las gracias por los gestos pequeños o grandes que se tengan con él. Se aproxima con apertura, dinamismo y movimiento que genera respuestas afirmativas. Permite al seducido tener y disfrutar de victorias. Posee el don de la palabra. Motivaciones: huir del dolor, del tedio. Aprender divirtiéndose. Disfrutar plenamente de la vida. Expectativas del seducido: recibir mensajes e impulsos positivos, abrirse a la esperanza, al optimismo. Moverse, recibir motivación necesaria para emprender proyectos. EL C A U T I V A D O R 97 Sentirse útiles haciéndole favores (para poder oír «gracias» una vez más). Claves para conquistar al Cautivador: ayúdale a frenar el ritmo y a no comprometerse con proyectos que no va a poder cumplir. Evita mostrarte inseguro o infeliz, y no critiques a otras personas. Anímale a hacer frente al dolor o el miedo, en lugar de huir de ellos. 6 EL INTELECTUAL

«Busco claridad, y eso supone un trabajo de investigación q u e consiste principalmente en un c o n s t a n t e p o n e r y quitar, c o n m u c h o m i r a r y volver a mirar». FERNANDO ZÓBEL 1 L o u Andreas Salomé rezumaba una inteligencia vertiginosa, fértil, penetrante como la punta de una navaja. «Cuando entra en relaciones apasionadas con un hombre, a los nueve meses, este trae al mundo un libro», cita uno de sus biógrafos . Su fulgurante cerebro contaminaba el aura completa de los pensadores más emblemáticos de su época: hechizó, entre otros, a Nietzsche, Rilke, Tolstoi, Strindberg, Buber, Wagner y Freud, de quien recibe el apodo de «poetisa del psicoanálisis». Era musa y lanzadera de la eclosión ajena, desde luego, pero su mérito fundamental, a mi parecer, está en que ella misma jamás dejó de pensar, de brillar con autonomía y con autoridad, en una 2 100 sociedad y época que atribuían al intelecto cualidades masculinas. De ella escribe Freud: «Era evidente que sabía dónde es preciso buscar los reales valores de la vida. Quien se le acercaba recibía la más intensa impresión de la autenticidad y la armonía de su ser, y también podía comprobar, para su asombro, que todas las debilidades femeninas y quizá la mayoría de las debilidades humanas le eran ajenas, o las había vencido en el curso de su vida» . 3 Con su cerebro, Lou Andreas inflamaba el de sus admiradores, doblegándoles los deseos hasta la perdición. Quisieron poseerla, succionarla, ensombrecerla, pero ella supo esquivarlos con un juego de coquetería sublime, intercalando ardor y frialdad, pasión e indiferencia, proximidad y alejamiento, entrega y desdén. El día en que, loco de amor, Nietzsche le declara un llameante deseo de convertirla en su esposa, ella está hechizando los sentidos de Paul Rée, íntimo amigo de aquel. Lou Andreas responde a la oferta de su pretendiente así: «Profundamente preocupados, [Rée y yo] nos pusimos a pensar cuál sería la mejor manera de solucionar su proposición de matrimonio sin que se ponga en peligro nuestra trinidad» . 4 Lou Andreas Salomé flirteó física e intelectualmente todo lo que pudo y también coleccionó celebridades a las que tenía mucho que decir, pero a las que sabía escuchar. Pasó la vida enamorándose de ideas, mientras los hombres, muchos hombres, enloquecían por ella. Los Intelectuales llevan un laboratorio en su cabeza y eso, la mayoría de las veces, les sobra y basta. Simplemente necesitan menos compañía humana que otras personalidades. La razón de su existencia, lo que les interesa, se EL INTELECTUAL 10 concentra en su cerebro y se materializa en el curso de su pensamiento; en lo que no existe, lo que existe, lo que fue, lo que será, lo posible, lo imposible. Los Intelectuales no te seducen con sus besos ni con su cuerpo, que suelen parecerse al rocío frío, sino que lo hacen con su sabiduría desbordante, con la mirada elocuente, inquisitiva, despierta, ávida de atrapar lo desconocido e investigarlo hasta volverlo conocido. Los Intelectuales seducen en distancias cortas y largas, a pequeña y gran escala; como investigador puede incentivar a todo un equipo de gente dispuesta a entregar horas y días libres con tal de seguir a su gurú; como profesor no enseña, embelesa (¿recuerdas la escena de la película en la que Indiana Jones imparte una clase al son del pestañeo de una alumna que le declara su amor con una nota escrita en sus párpados?). En un proceso de seducción más íntimo, la mujer y el hombre de este arquetipo se mantienen en la retaguardia en silencio, sometiendo a escrutinio la escena completa. Cuando quiere seducir, el Intelectual provoca con la mirada. Le observas observándote con repetición rítmica, buscándote todas las variables posibles para, entre todas, elegir la más interesante. De pronto surge de su boca una secuencia de palabras, i lucidez de un concepto, la síntesis que descubre el pozo z cognición que se agolpa en su alma. Su aplomo es total, seguridad, intensa, destila capacidad felina de concención. Su proximidad permite comprender que el mundo es mucho más rico, más interesante, de lo que nunca imaiste; sus cerebros parecen albergar la llave que explica todos los misterios. 102 El desafío emerge cuando te preguntas si te permitirá compartir algunas migajas de todo lo que sabe; pero cuando inquieres, cuando te acercas, descubres que los Intelectuales pueden llegar a ser criaturas distantes y frías con las personas, ardientes y enamoradizas con las ideas. Su mensaje se aglutina esencialmente en uno: «Tu acercamiento será bienvenido siempre que me demuestres que tienes algo más que carne en la cabeza». Comienzas a revisar los cajones de tu conocimiento, a entrever si en el matorral que verdea tu memoria pudieses hacer acopio de un pequeño ramo de sabiduría que ofrecer. Te sientes impulsado a leer, estudiar, investigar, con tal de tener algo que decir, o al menos, algo que preguntar. Y el día en que te animas a mostrar lo tuyo, el Intelectual te escucha, asiente, consiente, aprecia, anuncia interés; desde su autosuficiencia nutre tu autoestima; no te necesita, lo sabes, pero te está prestando atención. Muy seductor. Con ánimo algo más valiente, sabedor de que vas por buen camino, continúas las pesquisas intelectuales para compartir,

gracias a ellas, un nuevo encuentro. Entonces detectas que tu Intelectual ha desaparecido misteriosamente; quizá esté escribiendo, o estudiando, o aprendiendo de otros mundos, de otras vidas. El enigma te coloca en la cuerda floja, te deja sorprendido, sacudido, intrigado, admirado, inseguro; la trampa común a los estilos de seducción ha surtido efecto. El Intelectual jamás garantiza la total entrega ni la satisfacción de tus deseos afectivos; para él o ella las relaciones humanas son complicadas porque están a merced de emociones frente a las que de nada sirve mostrarse objetivo ni analítico y ante esta situación tienden a protegerse ofertan- EL INTELECTUAL 103 do un desapasionado distanciamiento, cargándose de autosuficiencia y convenciéndose a sí mismo de su capacidad de fría autogestión. Pronto descubres que su atención, y no digamos su amor, es un premio inalcanzable para la mayoría de los mortales, a no ser que seas capaz de demostrarle que vales la pena, bien porque eres tan mental como él mismo, o porque posees el don del calor afectivo incondicional (del que él carece) y que, por tanto, no tienes inconveniente en cuidar y proteger todos los aspectos «secundarios» a los que normalmente destina minúscula atención: lo que come, cómo se viste, los pelos que luce, la comodidad de su casa (la mayoría de los Intelectuales, más que un hogar, viven en un almacén de datos e ideas). De todos los arquetipos, este es el que mejor maneja el arte de la fuga selectiva, la pericia de la coquetería; el hombre o mujer intelectual se desenvuelve de maravilla en el juego de las señales contradictorias: tan pronto pertenece al mundo como se retira de él; alterna ardor y frialdad, pasión y razón, instinto y cálculo; habla de amor como si hubiese inventado el concepto, y al mismo tiempo marca un territorio sagrado que no puede mancillarse con ninguna entrega física o emocional. Los Intelectuales no son esclavos de apegos físicos ni materiales, tampoco de los sentimientos propios o ajenos, dado que estos surgen de la parte más indómita e inconsciente del cerebro y, por tanto, son irreductibles al razonamiento lógico. Viven para indagar la causa, la evolución y el destino de casi todo lo que sea investigable e imaginable, se excitan con lo extraordinario, con maestros, instructores, con la sabiduría de 104 otros tiempos, otras culturas, pero no se desenvuelven con soltura en el territorio de las emociones presentes, en lo cual se concentra la diferencia más importante con el grupo de los Artistas. Intelectuales y Artistas comparten mayor fascinación por lo que ocurre en sus mentes que en sus cuerpos, pero mientras la psicología de los últimos vibra a causa de imaginaciones emocionales, la de los Intelectuales pretende prosperidad de su talento mental, coherencia racional, claridad conceptual, desfloración de lo misterioso, control de lo raro, clasificación del caos. Por eso, un Intelectual, hombre o mujer, bloquea en la medida de lo posible sus sentimientos. Emoción es sinónimo de descontrol, un dragón con el que el Intelectual está poco dispuesto a luchar, a no ser que pueda hacerlo a través de la investigación o la escritura. Puede gozar escribiendo la más incendiaria novela de amor, pero en su vida privada la emperatriz se denomina autonomía. Simplemente detesta la idea de ser sofocado o incluso dominado por las pasiones de un tercero, aunque puede hipotecar los sentidos de su destinatario enunciando las más bellas palabras y los más elevados conceptos. Su estilo de coquetería consiste en suspender de un hilo el aliento de sus fichajes, sin permitirles vislumbrar a qué deben atenerse; de pronto sabes dónde encontrarles y al minuto siguiente se han dado a la fuga sin dejar rastro de su senda. Una estrategia de lo más efectiva, sin duda. «¿Sabes, cariño? —comienza Katherine Mansfield en una de sus cartas—. Últimamente he sentido a menudo como si el silencio tuviese algún significado [...] Soy consciente de que 105 EL INTELECTUAL 5 me retengo y de que no me entrego» . Nótese el doble juego psicológico: por un lado, llama «cariño» al destinatario epistolar; por otro, le explica lo mucho que disfruta de la callada soledad. Desde luego, muchos Intelectuales manifiestan una fuerte pulsión sexual, pero tienden a preferir la autosuficiencia que otorga el sexo cuando está exento de sentimiento. En cuestiones de seducción, su método gravita entre un paso adelante y dos pasos atrás; tan pronto está lejos como cerca, y en el último caso, se las arregla para que sea el receptor de sus encantos quien tome la iniciativa de declararse, de desnudarse emocionalmente confesando sus intenciones. Puede que se muestre condescendiente, pero en cualquier caso el peso sentimental, y también la responsabilidad, corre a cargo del otro. Los Intelectuales jamás son celosos, pero son muy hábiles encendiendo la llama de los celos ajenos; hoy te hacen caso, mañana escuchan a alguien más sabio que tú. Los tríos, ya se sabe, son una cruel y dulce forma de castigo que catapulta atención y alteración, dos especias que hacen más suculento cualquier guiso seductor. No todos los Intelectuales son precisamente atractivos ni manejan bien las artes del hechizo; de hecho, la navegación continuada por su océano cerebral hace que, muchas veces, estén más interesados en el movimiento y fruto de sus propias neuronas que en el resto de la humanidad; les importa más lo que tienen que decir que lo que tú tengas que decir, por eso al relacionarse pueden desbordar con su catarata de conocimientos, o quizá te abrumen con su ampulosa sabiduría, pero en ningún caso te seducen. La 106 seducción siempre, siempre, ha de preservar una elegante contención. Por eso, los Intelectuales seductores se desligan generosamente, de vez en cuando, de algún fragmento de su enciclopedia interior. Cuanto más fresca y espontánea sea su entrega mental, más atractiva resultará su estampa. Sus comentarios parecen lozanos y desenfadados porque son todo lo contrario; su facilidad es fruto del esfuerzo, aunque este permanece escondido: todos imaginamos lo difícil que debe ser tocar un concierto en público; lo que no estamos dispuestos a soportar es la presencia de la dificultad. Si quieres adoptar este estilo de seducción, recuerda lo que Freud aconsejaba a uno de sus alumnos: «No hagas concesiones a quienes no tienen nada que dar, pero tienen todo que ganar a tu lado. Espera el tiempo que haga falta, aunque sea largo, hasta que te los encuentres postrados de rodillas, rogándote» . 6 Desde luego, muchos Intelectuales viven orgullosos de serlo. EL INTELECTUAL VISTO POR DENTRO La mayoría de los Intelectuales fueron criaturas inteligentes durante su infancia; quizá sus progenitores lo son tanto, más o menos que ellos, pero en cualquier caso supieron abonar el campo cerebral de su retoño entregándole más oportunidades de conocimiento que abrazos y caricias. Los pequeños Intelectuales reparten una admiración EL INTELECTUAL 107 proporcional entre sus padres y les premian aportando algo a cambio: las mejores calificaciones escolares, las más agudas reflexiones, y en algunos casos se transforman en compañero pensador de los adultos que le circundan. Los congéneres menudos, en cambio, suelen constituir una molesta y ruidosa servidumbre de paso de la que conviene mantenerse a una prudencial distancia. El niño Intelectual intenta, de este modo, mantener relaciones de igualdad con los más eruditos y con los que poseen más experiencia que él, para aprender de ellos y labrarse un campo propio de conocimientos, un almacén de ideas personal tan valioso que impele a protegerlo evitando la intromisión ajena. Su lema es «Deja mi espacio hasta que yo te invite, y yo dejaré el tuyo mientras no me invites». Los Intelectuales evolucionan considerando que es más interesante reflexionar que sentir, las emociones son llamativas en tanto puedan ser domesticables, de lo contrario, es mejor no dedicarles demasiada energía. Sentir es, muchas veces, sinónimo de sufrir, por eso, cuanto más sepa, cuanto más conozca, menos ocasiones tendrá el dolor de hacerse su dueño; los Intelectuales son defensores de la «máscara que oculta las profundas emociones», según declaraciones del escritor Yukio Mishima, quien en sus novelas (de gran componente autobiográfico) publicita cuánto conviene «mostrarse lo más enigmático posible, incluso ante [la propia] madre» . La independencia, la autonomía, el control mental, el aumento de sabidurías que permitan desenmascarar lo desconocido, se convierten en su tesoro favorito; se tumba en la hierba «buscando algo absolutamente definitivo», no hay horizonte que no pueda ser descubierto, 7 108 invadido, conocido, pasea por los jardines del mundo, exhaustivamente, para no perderse ninguna flor. Los Intelectuales se enamoran de las ideas más que de las personas porque el amor, ya se sabe, es una fuerza indómita e inabordable para un cerebro pensante: «Tu desfachatez conmigo me obliga a escribirte esta carta [insultante] [...]. Me has obsequiado con enigmas sin sentido», escribe de nuevo Mishima , esta vez dirigiéndose a la mujer que le amaba sin haberse molestado en consultarle sobre el asunto. Como Mishima, los Intelectuales tienden a «cerrar el corazón ante el sol naciente, por temor a que un rayo suelto pudiera penetrarlo» . Las emociones y las pasiones son importantes en tanto en cuanto puedan ser objeto de estudio y de erudición; pero, desde luego, más vale zafarse de ellas si alcanzan una fuerza superior y te convulsionan el alma, colocándote a su merced, esclavizándote a su capricho. Sus familiares, las personas, el mundo, resultan fascinantes y necesarios siempre que puedan contemplarse, y sobre todo, escrutarse, desde una prudencial distancia, con estilo cognitivo. Para los Intelectuales, la vida se compartimenta en dos campos: el interior y el exterior, sujetos y objetos, lo desconocido y lo descubierto, lo peligroso y lo seguro, lo luminoso y lo oscuro. «La vasija, de madera de ciprés, [llena de agua], era una frontera donde terminaba este mundo y empezaba otro. [...] La vasija expresaba por fuera el yo exterior, y el agua expresa el yo más íntimo», vuelve a la carga Mishima, y continúa expresando que en aquella agua se había hundido su alma igual que si fuese un rayo de luna o una mariposa de oro atrapada en las redes del misterio . 8 9 10 EL INTELECTUAL 109 En sus correrías por los vericuetos del saber, los Intelectuales pueden llegar a convertirse en los mejores especialistas sobre un tema determinado, ya sea académico o de corte artístico (antigüedades, sellos, libros, música). Es posible que no otorguen importancia alguna a los horarios para comer, a la adecuación en el vestir, pero tienden a poseer colecciones realmente impresionantes, ya sea de libros, discos, películas, manuscritos o cualquier otro objeto fruto de su interés y propulsor de su sapiencia. Los Intelectuales convierten a la ciencia su amante favorita, en cambio se muestran precavidos con los amantes de carne y hueso; apenas logran la pasión carnal sin aderezar el éxtasis con pensamiento, intentando desmigar la causa y razón de cada sacudida con el fin de, quizá, mejorar la cualidad en futuras ocasiones. En sus momentos cumbres, los Intelectuales son visionarios, intrépidos descubridores que aportan luz y progreso al mundo. Sabiendo que la cognición humana es limitada, temen por encima de cualquier cosa la pérdida de capacidad intelectual, la estrechez de sabiduría a la hora de comprender la vida con objetividad. A ello dedican su tiempo y energía; en cambio la ropa, el aseo y, en fin, las comodidades que facilitan la existencia, constituyen un pasatiempo superficial y, acaso, secundario. Para seducir a un Intelectual es conveniente aceptar que es y será el rey de la independencia, un llanero solitario en la aventura del saber. Como contrapartida aportará fidelidad férrea; para él o ella, las relaciones humanas son demasiado complicadas y, una vez se instala en una, maneja la convivencia con cortesía..., siempre que el compañero 110 sentimental tenga la decencia de respetar su espacio, no le sofoque con riadas sentimentales y, a ser posible, también asuma la responsabilidad de todos los pequeños y superficiales asuntos que procuran algo de confort a la vida de pareja. RESUMEN ¿Qué ofrece? Conocimiento, sabiduría, independencia, seguridad. ¿A quién? A cualquier persona con inquietudes de aprendizaje. ¿Cómo lo hace? — Lanza señales equívocas, donde anuncia que el acercamiento será bienvenido..., siempre y cuando el otro tenga algo interesante que ofrecer: «Demuéstrame que vales la pena». — Habilidad para retrasar la satisfacción propia y ajena. — Demuestra su independencia y lo poco que necesita al otro; pero está dispuesto a compartir su tiempo y energía si el otro tiene algo que aportar. — Extraordinariamente selectivo. — Demostración de que su compañía, su sabiduría, es un premio selecto, inalcanzable para la mayoría de las personas. Motivaciones: saber, aprender, conocer, pensar, investigar. Expectativas de los seducidos: estimulación intelectual. Sentirse protegidos por alguien que sabe más, que conoce EL INTELECTUAL 111 mejor y que, por tanto, es «más coherente y más fuerte» a la hora de afrontar la vida. Claves para conquistar a un Intelectual: respetar su necesidad de espacio y soledad, porque si algo teme el Intelectual, es la sensación de dependencia y las intromisiones. Valorar su amor por el «vive y deja vivir». No abrumarle con exigencias emocionales, ser conciso en las peticiones, en la explicación de tus intereses. Facilitarle la posibilidad de expresar sus sentimientos en un momento concreto, en tiempo presente. EL ENCANTADOR Llegamos al oasis de la afabilidad y la cohesión; el Encantador, mujer u hombre, es caricia que levanta el ánimo, bálsamo que cura las secuelas del estrés, pócima que dulcifica el conflicto, cadena que remedia la falta de unión, aguijón de dulce y opípara afabilidad. La gente alborotada, incomprendida o adicta a tener razón respira aires limpios y recupera su bienestar en presencia de este arquetipo seductor. A cambio, el Encantador recibe su maná predilecto: tranquilidad. Las personas de este perfil comparten bastantes similitudes con el Rescatador y en ciertos momentos es fácil confundirlos; pero, si bien su dinámica es parecida, sin embargo sus motivaciones, sus puntos flacos y fuertes corren en sentido divergente. El Rescatador promulga tener lo que otros necesitan, por eso otea encrucijadas sin resolver y se precipita a ofrecer un abanico de remedios. El Encantador, más que husmear posibilidades que exijan la intromisión de un salvador, se amolda para que todo el mundo quede 114 contento. El Rescatador busca aprobación y amor; el Encantador, en contraste, desea paz. Mientras el Rescatador es una criatura en acción, el Encantador permanece inmóvil e inspira la reacción; influye desde la espera, la calma agradable, adaptándose como un baño suave de silicona que hidrata y alivia la tensión de un alma herida. Su técnica de provocación plagia la estrategia de los arácnidos: no se desplazan hacia su presa, sino que la invitan a acercarse. Su trabajo inicial consiste en desplegar un manto edulcorado e imperceptible desde el que envían señales irresistibles: «Aquí puedes permitirte ser como eres. No te preocupes; te escucho y entiendo. No voy a exigirte nada. Todo va a salir bien». Las personas sucumben al reclamo como moscas hipnotizadas; el Encantador destila poso, control, tranquilidad, ductilidad, sosiego, dulzura, equilibrio, aceptación, bienestar. Casi nada. No desparrama grandes discursos ni gestos grandilocuentes, se mantiene sonriente, un poco a la sombra, en una esquina, igual que la araña. Emana seguridad, ecuanimidad y dominio aplastantes. Sonríe abierta y francamente. El poder de este seductor es una pócima muy solicitada en el agitado mundo en que vivimos; su influencia es suave y penetrante como el opio. En cuanto una persona cae dentro de su red, el Encantador pone en acción el aguijón que dejará prendada a la presa; la inmoviliza con el señuelo azucarado e irresistible que inventase Benjamín Disraeli: «Habíale a otro de sí mismo, y te estará escuchando durante horas». Ningún arquetipo de seducción posee la destreza del Encantador a la hora de elevar, tranquila y dúctilmente, la autoestima de EL ENCANTADOR 115 los interlocutores: presenta un espejo psicológico en el que los rasgos negativos se han transformado en positivos; el Encantador posee el don de desintegrar la culpabilidad (críticas internas) y el resentimiento (críticas hacia otros). Con una red de suaves halagos empaña las inseguridades y los quiebros anímicos de sus fichajes. Sus labios y sus gestos van desgajando las bondades que bullen bajo los defectos, tiene una magia especial con la que vislumbra y ensalza lo bueno que hay en cada persona, aunque no sea muy visible para el resto de la sociedad. El Encantador posee un sexto sentido para comprender de qué pasta están hechos los escudos protectores, los mecanismos de defensa y, con magistral habilidad, es capaz de traspasar las apariencias y encontrar la luz que la persona lleva dentro; la pericia con la arqueología emocional le lleva a descubrir, por ejemplo, que un hombre irritable podría estar disimulando, o quizá protegiendo, una extremada sensibilidad, o que una mujer aparentemente fría puede albergar un manantial de ternura que resplandece en cuanto se rasca adecuadamente el caparazón externo; la palabra en cursiva es, en este caso, fundamental, ya que el éxito del Encantador se debe a que nadie como él o ella acaricia las defensas ajenas hasta doblegarlas y hacerlas desaparecer, permitiendo que las virtudes de la persona eclosionen para disfrute propio y ajeno. Cualquier Encantador es un tranquilo arroyo de solicitud, atención, comprensión, responsabilidad, constancia, adaptabilidad, aceptación, amabilidad. Casi nada. El Encantador hace lo imposible por esquivar a su bestia negra: la confrontación. Desde la infancia aprendió a 116 olvidarse de sí mismo y a fundirse con otros para obtener el bienestar que otorgan la cordialidad y la placidez; por eso se adapta al entorno como un guante, pasa los días enfocándose en los planes, las peticiones, necesidades o exigencias de los demás con el fin de conquistar una subsistencia agradable, familiar y equilibrada. Sabe, o intuye, que la gramalla defensiva de la personalidad se teje imitando a las personas con las que hemos tenido mayor contacto: un progenitor frío, un hermano dominante o un cónyuge soberbio nos enseñan a defendernos con panoplias semejantes. Las experiencias infantiles enseñan al Encantador que nada es absolutamente perfecto, que todo en la vida posee facetas positivas o negativas y, entre ambas alternativas, decide quedarse con el lado agradable de las cosas. En ningún momento niega que existan rincones turbios, más bien los tiene perfectamente presentes y gracias a ello evoluciona huyendo hacia el otro lado, avispándose en el uso de maniobras que entresacan lo que funciona, lo que es bueno y amable en todas las personas o en todos los ambientes. Aquí anida la clave de su atractivo: tengas los defectos que tengas, el Encantador desplegará su manto mágico sobre ti y colocará hasta la más recóndita de tus virtudes a ras de piel. El punto fuerte de este perfil de seducción, su método de provocación, consiste en desenmascarar el talento más anestesiado de las personas, su energía positiva largamente adormecida y, en el instante en que los detecta, los glorifica sobre un pódium gigantesco. La intrépida y repentina acción deja al destinatario tan estupefacto como satisfecho. El Encantador destapa los méritos de todo el mundo, na- EL E N C A N T A D O R 117 die se queda sin premio. Por ejemplo, a un tipo perfeccionista y arrogante le admira por ser tenaz y disciplinado; la persona a la que otros tildan de entrometida oye ponderar su generosidad y capacidad de entrega. Al competitivo lo zambulle en loas por su afán de perfección; el melancólico ve ensalzada su sensibilidad; el bohemio, su creatividad; el exagerado, su maravillosa expresividad; el solitario, su riqueza interior; el negativo, su perspicacia para captar dónde están los peligros; el disperso recibe elogios por su espontaneidad y curiosidad; del dominante piropea la firmeza; del panfilo, el sosiego. En definitiva, todos son vitoreados y reciben el caramelo del sabor que más les gusta, siendo lo último importantísimo. Si deseas imitar el estilo del Encantador, debes conocer el deseo emocional que más valora cada personalidad, sus tesoros psicológicos y también aquellos aspectos que desatan su miedo o su enfado. Jamás piropees las características que corresponden a otro perfil o parecerás un manipulador. Los resúmenes que coronan cada uno de estos capítulos sintetizan estos datos. El toque de elegancia que distingue al Encantador consiste en su maravillosa adaptabilidad. Recibe con brazos abiertos todos los gustos, y agresivos aparte, también acepta todas las formas de ser. Comprende puntos de vista dispares, los concilia, difumina las diferencias, disuelve tensiones, posee el don de escuchar las quejas para, inmediatamente, desviar la atención hacia algo más alegre y simpático. En resumen, el Encantador suaviza problemas y suministra un dulce, cómodo placer. Se amolda colocándose en un segundo plano, cediendo victorias, otorgando pre- 118 mios, ofreciendo reconocimiento, cooperando. Se alegra con las ideas de otros, se apunta a sus planes; si alguien disiente, se inclina; si alguien argumenta para tener razón, se la da. Su facilidad para acoplarse le otorga un aire inofensivo; a su vera no hay agresión ni tensión. No hay que defenderse. Por eso el Encantador siempre resulta positivo e irresistible; a su lado, las circunstancias transcurren dóciles, inocentes, previsibles... solo en apariencia. Al observar sus maniobras de cerca, vemos que, lejos de ser una criatura a merced del capricho ajeno, el Encantador sabe perfectamente lo que quiere, cómo lo quiere, y sobre todo domina la técnica para zafarse de lo que no quiere. Lleva el control del curso de los acontecimientos y de los sentimientos con estrategia medidísima, en la que casi nada es fruto del azar. Una vez sometido su blanco al impacto inicial, el siguiente paso cautivador se concentra en la postura. Mientras otros seductores pasan a la acción rápidamente, lo que les obliga a situarse en una distancia muy corta, el Encantador dedica mucho, muchísimo tiempo a conversar sin romper el espacio psicológico. Suele colocarse frente a su interlocutor, lo que le ofrece una ocasión de oro para emular sus gestos como si se tratase de un espejo, construyendo así la sintonía que siempre resulta irresistible. Utiliza al otro como modelo, pero sin rivalidad ni rigidez, pivotando ligeramente el cuerpo en la misma dirección que el potencial seducido para indicarle una salida inconsciente, para que no se sienta acorralado. Las imitaciones tienen un orden y siguen un código. La cabeza nos acerca intelectualmente, por lo que bascula primero la tes- EL E N C A N T A D O R 119 ta en la misma dirección que lo hace el otro. Si quieres practicar un poco, comienza imitando los movimientos de tu fichaje unos segundos después de que los genere, hazlo despacio o se notará demasiado y la magia se esfumará. Al cabo de un rato, prueba mover tu propia cabeza antes que él o ella y comprueba si te sigue. En caso afirmativo, ya eres tú quien lleva el mando y puedes pasar a la segunda zona corporal. El tronco y los brazos nos acercan afectivamente. Procede como en el caso anterior, a su compás, echa el tronco hacia delante o hacia atrás, pivótalo a derecha o izquierda, pero incorpora algún intento de contacto, tu mano derecha ligeramente en su brazo izquierdo. Presta mucha atención a su reacción inmediata: notarás si le gusta o se crispa. También es esencial que conozcas el significado del cruce de brazos. Finalmente, cuando lleves el control de la parte intermedia, pasa a la zona de la unión física: la pelvis y piernas. El enigma del Encantador, su misterio, consiste en que debajo de su superficie mansa fluye un caudal de férrea determinación y de intensa pulsión sexual. Los hombres y mujeres de este arquetipo capturan a sus fichajes con una peculiar emboscada sexual; no hay asomo de coqueteo, las conversaciones fluyen tranquilas y sin más intención aparente que la de pasar un rato apacible..., plagado de insinuaciones sutiles que incendian la virilidad en los hombres o la feminidad en las mujeres. El Encantador apenas se mueve, mas, colocado frente a su blanco, lanza señales indirectas, simbólicas, poco evidentes, pero que llevan asociados unos cuantos dardos con mensaje subliminal y rumbo definidos: «Conmigo estás mejor que sin mí». Sin embargo, 120 he aquí lo bello del asunto, el Encantador atrapa al destinatario de sus sortilegios logrando que sea él o ella quien asuma los primeros pasos y cargue con toda la responsabilidad. Robert Greene lo ilustra con una anécdota referida a la reina Victoria de Inglaterra y a su primer ministro, Benjamín Disraeli, uno de los seductores más impecables que ha dado la Historia. La soberana, que blandía aires coercitivos, entecos y asexuados, y por ello sufría fama de ser más árida que un dique seco, recibe un buen día de su primer ministro un ramo de Prímula vulgaris. Para casi todo el mundo el gesto habría sido considerado la más atroz de las groserías, dado que la prímula es una flor tan modesta e insignificante que incluso el propio jarrón se negaría a aceptarla en sus tripas. Pero en esta ocasión el ramo venía adornado con una curiosa nota: «De todas las flores, la prímula es la que mayor tiempo conserva su delicada belleza». Al olor de estas palabras, la reina a quien todos consideraban escurrida y áspera comienza a brillar como una amapola bañada de rocío. Con su regalo simbólico y metafórico, Disraeli estaba demostrando que había captado el hermoso aunque embotado caudal interno de la reina: delicadeza, sencillez, pureza, coquetería y feminidad. Victoria, en el fondo de su corazón, se creía dueña de esos mismos atributos a pesar de que, nobleza obliga, se había impuesto a sí misma reprimirlos. La reina consideraba que la feminidad, la suavidad y la coquetería podrían restarle autoridad y menguar su prestigio, pero ahora, en boca de su primer ministro, aquello adquiría un matiz distinto y quizá se atrevería a exponerlos un poco más ante él. Las prímulas pasaron a convertirse, a partir de ese momento, 1 EL ENCANTADOR 121 en las flores favoritas de la reina... igual que Disraeli pasó a ocupar, durante un largo periodo, sus más afectuosos pensamientos. Pero como ocurre siempre en materia de seducción, en cuanto el fichaje queda adherido a la tela que tan sugestivamente ha tejido la araña, entonces esa misma araña encuentra muy latoso tenerse que ocupar del intruso; piensa que el peso y el volumen del nuevo inquilino están arruinando el equilibrio y la armonía de su tela, además de poner en peligro su apertura a otras posibles relaciones. El Encantador no huye como haría el Cautivador; tampoco traiciona con un contrincante como hacen Afrodita y el Vividor; ni siquiera se arrebuja en la creación interior como el Artista. La metodología de bloqueo del Encantador posee marchamo personal: puesto que detesta decir «no» a las personas y odia que se enfaden y ataquen de vuelta, inhibe la proximidad de un modo suave: no se enfrenta ni embiste, sino que permanece visible pero impasible, presente pero tozudo, abordable pero frío, asequible pero inexpresivo. Resiste y persiste inamovible en su cerco particular que, de pronto, atiborra con un sinfín de planes y proyectos menos esenciales, pero más agradables que el propio seducido. El aturdido fichaje, que asumía haber conquistado la luna, de pronto cae en la cuenta de que posee un protagonismo ínfimo en la vida del Encantador, quien ya ha desviado tranquilamente su energía hacia otras ocupaciones. Ocasionalmente, si le someten a una presión que considera inadecuada, el Encantador estalla como lo haría el tapón de una botella de gaseosa, dejando atónito a quien 122 creía estar frente a la ecuanimidad y la calma personificadas. Si algo detesta el Encantador es sentirse controlado, obligado a hacer lo que no le agrada, comprometido con alguien que presiona con demandas, y sobre todo abomina ser tratado como un derecho adquirido. Básicamente el Encantador adora la independencia y la autonomía; para protegerlas se acomoda en un círculo de silencio y de otras ocupaciones triviales, dejando que sus víctimas agonicen bajo el aliento de su indiferencia. EL ENCANTADOR VISTO POR DENTRO «El mundo interior de los Encantadores se parece a un paseo al sol en bicicleta [...]: si se les pincha una rueda, prefieren ignorar este problema con tal de no perturbar la tranquilidad y belleza del momento». Así describen Risso y Hudson la personalidad del Encantador. Otros profesionales de la salud lo califican de centrovertido (equilibrio entre la introversión y la extroversión) y visceral (más afincado en el presente que en el pasado o en el futuro). El Encantador presta atención al ambiente general más que al detalle y procura acomodarse en el lado más amable de la vida; el contacto con este arquetipo otorga una armonía agradable, aunque, por otro lado, dentro del mundo apacible que organiza a su alrededor es frecuente vislumbrarlo apegado al inmovilismo. Es enemigo de la tensión que conlleva el aprendizaje, del desafío que supone lo nuevo, de la incertidumbre que provoca soltar lo que se tiene para ir a por lo que se quiere. 2 3 EL E N C A N T A D O R 123 El trato del Encantador es esencialmente grato, cordial, sonriente; su visión del mundo, optimista y abierta..., siempre que no exista atisbo de conflicto. Es extremadamente aficionado a escapar de la tirantez en las negociaciones, la toma de una postura en perjuicio de otra, las exigencias que se depositan sobre él. Teme defraudar y ocasionar el enfado de otros. La niñez del Encantador transcurre exenta de grandes problemas; encuentra armónica la relación con ambos progenitores, pronto se acostumbra a la placidez del hogar, le coge gusto al sosiego, y también aprende lo que conviene hacer para no romperlo: respetar las normas. El pequeño Encantador absorbe toda la energía positiva de la gente que le circunda, sobre todo cuando vive en un hogar apacible. En circunstancias adversas intenta volverse invisible, pasar inadvertido hasta que se hayan disipado el brete y la tensión. Aprende a no plantear conflictos para no recibir conflictos, tapa la rabia con el silencio: «Jamás sabrás lo que estoy pensando». En muchas ocasiones, tampoco desea responsabilizarse de las obligaciones que entraña el hecho de destacar; más bien prefiere observar el mundo desde una retaguardia grata y sin riesgos. Puesto que sus mayores enemigos son el conflicto y las exigencias, el Encantador tiende a mitigar la incomodidad que genera cualquier compromiso adquirido desviando su atención hacia otras ocupaciones más triviales, y se llega a perder en detalles irrelevantes, sin establecer un orden claro de prioridades, con lo que en ocasiones deja trabajos sin concluir y no consigue cumplir con lo que se espera de él o de ella. En el trato con otras personas, el Encantador evoluciona prestando poca atención a su interior, como si no qui- 124 siera averiguar qué desea y qué es bueno para sí mismo. Sus antenas, por el contrario, apuntan a otros y captan con bastante nitidez cómo se sienten los demás. Vitorea y admira a quienes saben expresar abiertamente cualidades mentales y físicas; en definitiva, a todos los que derrochan el arrojo que a este arquetipo le falta. Debido a su tendencia a la quietud y al no afrontamiento, el Encantador suele enamorarse de sus contrarios: personas atrevidas, resueltas, líderes, poderosas y valientes, con las que mantiene una férrea vinculación aun cuando descubre sus defectos. De forma inconsciente espera contagiarse de la energía que despiden estos individuos, beber de ella e incorporarla a su propia personalidad. El Encantador se siente bien si las personas que lo circundan sienten lo mismo; organiza su felicidad en torno a la felicidad del otro, por eso procura complacer a todo el mundo, generando un clima de estabilidad, aceptación y gentileza a su alrededor, adaptándose a los planes, las peticiones y sugerencias de otros, siempre y cuando no lo traten como si careciese de criterio o sentimientos. Estalla con brotes tan fulminantes como breves cuando percibe que no cuenta, que no importa. Una vez tomada una decisión respecto a una persona en particular, se adhiere a ella con una constancia que raya la tozudez; es capaz de aguantar lo indecible con tal de no cambiar, adaptándose perfectamente al estereotipo del refrán inglés: «Ya he hecho esta cama y ahora me acuesto en ella» (I made my bed, I lay on it). EL E N C A N T A D O R 125 RESUMEN ¿Qué ofrece? Tranquilidad, afabilidad, equilibrio, confianza, atención, compenetración, apoyo, adaptabilidad y, sobre todo, falta de pretensión; en apariencia no desea ganar al oponente ni aprovecharse de él. ¿A quién? A todo el mundo, aunque en especial a las personas con problemas de estrés, amigos de las quejas, gente paranoica. ¿Cómo lo hace? No discute ni pelea, otorga victorias a los demás. No tiene inconveniente en dar la razón al otro, hacerle sentir más importante. Escucha las quejas de su objetivo y las desvía enseguida hacia algo más placentero y alegre. Alimenta la autoestima del contrario. Motivaciones: sentirse cómodo. Lograr un clima de cordialidad, en el que reine el consenso. Sentirse respetado, hacer lo que es correcto. Expectativas del seducido: entrar en el paraíso del sosiego, vincularse a una persona ecuánime, que infunde paz y optimismo. Claves para conquistar a los Encantadores: pregúntale qué desea y préstale tiempo para que encuentre la respuesta. Anímale a expresar abiertamente su descontento y frustración, permítele ocuparse de sus propios intereses. No tomes muy en cuenta sus estallidos porque son ocasionales y efímeros. Valora sus puntos fuertes y felicítale por sus logros. Invítale a que establezca prioridades, ayúdale a distinguir lo esencial de lo accesorio, lo urgente de lo irrelevante. 8 EL LÍDER N o todos los líderes son seductores ni todos los seductores son líderes. Para ser líder y seductor es imprescindible haber recibido un premio de los dioses: carisma. El carisma es el combustible que azuza sociedades, convulsiona colectivos, capitanea entusiasmos y apasiona a los grupos hasta llevarlos a pertrechar los sacrificios necesarios para el logro de un ideal común. Del carisma se nutre la seducción masiva, eléctrica, clamorosa, extraordinaria, grupal; una cualidad atribuible a los gurús, a los guías espirituales, a los profesores, directores de orquesta y a todos aquellos dirigentes que inyectan estímulos y obtienen reacciones. El Líder carismático es un galante tiburón, sus mensajes están impregnados de magia, emoción, cortejo, fervor; te arrastra hasta que decides involucrarte activamente dentro de su proyecto. De la noche a la mañana te encuentras trabajando para los Líderes, te vuelves su esclavo agradecido. La seducción carismática se sustenta en dos manantiales: la convicción profunda del protagonista y la maleabili- 128 dad o debilidad de los discípulos. El Líder carismático posee el don de la irradiación afectiva, transmite un mensaje rotundo, enfervorizado y teatral. Más que guiar a los colectivos, los corteja. Alimenta ideas y, sobre todo, enaltece sentimientos y provoca pasiones. Solo de este modo pueden moverse las masas inertes. Lo que impulsa a las muchedumbres a unirse en torno a un hombre y someterse a su doctrina es, básicamente, la proyección de sus anhelos en la persona del líder y la esperanza de que este los satisfaga; así ocurre con los votantes y su candidato, con los feligreses y el máximo representante de su espiritualidad, con los trabajadores y su presidente, con los fans y su ídolo, con los músicos y su director de orquesta. Estos deseos, en parte conscientes, pero también inconscientes, se polarizan en dos flancos: la búsqueda de seguridad y la unión con un grupo potente. No hay carisma sin capacidad de liderazgo, y no hay liderazgo sin seguidores. Los seducidos, en este caso, están hambrientos de pertenencia y tienen ganas de contribuir en algo grande y revitalizador; buscan amigos para reparar el mundo y un guía que dirija la operación. Los Líderes carismáticos desparraman palabras con las que inspiran a la gente, empujándola a sentirse más fuerte, leal, viva, concienciada. Son conductores que vigorizan el pensamiento, el sentimiento y las acciones de los receptores y enardecen su confianza orientándola en dos direcciones: por un lado, se dirigen hacia ellos como mentores; por el otro, robustecen el sentimiento de valía de cada oyente como parte de un grupo que les acepta y necesita. Al olor de los discursos carismáticos, las personas se ven impelidas a juntarse, a formar multitud; la unión produce energía y EL LÍDER 129 cada miembro ve posible acometer heroicidades que jamás lograría de modo individual. Para ser un Líder con carisma es imprescindible ser dueño de una visión, un proyecto, un plan de futuro sublime. Su mensaje enciende ideas, pero sobre todo sacude emociones. «He tenido un sueño», proclamaba Martín Luther King en 1963, embrujando a sus pupilos de color con la ilusión de un trato más ecuánime y justo por parte de sus paisanos, al tiempo que a los oyentes blancos les atizaba la conciencia y, a cambio, les ofrecía la oportunidad de obtener la salvación. Mientras ascienden al poder, todos los carismáticos pretenden ayudar honesta y poderosamente a quien es objeto de abuso o humillaciones, a los desprotegidos. Pelean con quien haga falta con tal de socorrer al débil; quieren equilibrar las cosas, la riqueza, el poder. Las actuaciones de los grandes Líderes carismáticos están embebidas de teatralidad: «Te doy mi palabra»; su presencia es sólida e imperiosa; el lema de sus discursos se sustenta en la idea de forjar destinos: «Regálale a alguien un pescado y comerá un día; enséñale a pescar y comerá todos». Tampoco olvidan la útilísima contribución de técnicas publicitarias: Adlai Stevenson, el perdedor frente a Eisenhower en la campaña electoral norteamericana de 1956, se quejó de que sus asesores no le hubieran «mercantilizado como si fuese cereales para el desayuno», técnica de la que se había apropiado el contrincante ganador. Los carismáticos captan la atención y provocan a la audiencia con la promesa de un futuro mejor que no es comprobable en el tiempo presente; los Líderes religiosos asegu- 130 ran la vida eterna; los políticos pueden prometer y prometen el progreso de su nación; los empresarios, una entidad robusta y creciente. Predicciones intangibles a corto o largo plazo. Ofrecen visión y misión; lo primero está relacionado con los ideales hipotéticamente alcanzables, lo segundo se asocia con lo que hay que hacer para alcanzarlos. Los Líderes carismáticos inyectan esperanza en el corazón, la ilusión de un premio grandioso, y a la vez exigen que se obedezcan sus directrices y se preste colaboración durante la conquista. La oferta de futuro siempre lleva un peaje añadido: es preciso el quehacer individual para obtener con posterioridad un beneficio colectivo. Tienes que jugar en su equipo, trabajar para el equipo. Mientras tanto, ellos, los gurús, no trabajan para ganancias propias, sino para un bien superior: Dios, la Empresa, la Nación. Se presentan de un modo pretendidamente humilde, no trabajan para sí mismos, sino para el pueblo; no son amos, sino servidores que únicamente interceden de forma desinteresada entre el ser supremo y los peones. El Papa, por ejemplo, se atribuye el nombre de Pastor; el gran empresario sufre con la cantidad de viajes, comidas y eventos a los que no le queda más remedio que asistir y dice no desear participar en los soporíferos consejos de administración; el político, por su parte, se erige en víctima de su desmesurada responsabilidad, de su falta de intimidad, de la inseguridad que podría costarle la vida. Nunca hablan de lo que quieren para sí mismos, sino que anuncian entregarse a los demás, igual que el empresario que se sacrifica para generar riqueza y dar empleo. El beneficio obtenido revierte en la sociedad a través de fundaciones, patrocinios culturales, restauración EL LÍDER 1 de catedrales, etc. A los Líderes carismáticos se les supon conciencia social y conducta moral. El mensaje que diseminan viene a anunciar que todos se sacrifican, que llevan una cruz pesada e insoportable y que, con ello, liberan a los subditos. La idea toma como modelo los más sublimes ejemplos de la Historia: ya el príncipe nepalí Siddhartha Gautama (563 a.C.-486 a.C.) abandonó a los treinta y seis años sus palacios y a su familia para convertirse en un asceta iluminado; a partir de ese momento se hace llamar Buda y enseña compasivamente a los hombres, conduciéndoles a la salvación. Igualmente Mahoma se despide de su trono de oro y esmeraldas y se retira a una cueva del monte Hira para recibir el mensaje de Dios —Alá—. Por su parte, Jesucristo se marcha de la casa de Dios Padre y se convierte en hombre paupérrimo que muere por nosotros; entre las piezas de su prodigiosa herencia espiritual deja el más hermoso de los mensajes: «Amaos los unos a los otros». Comparar el panorama de un seductor carismático con 'stos extraordinarios modelos espirituales puede resultar fensivo para algunos lectores creyentes, entre los cuales e encuentro, pero lo cierto es que no hay mejores maesas en toda la historia de la humanidad. Los tomaron y ton como referencia un elenco amplísimo de personalida', desde la Madre Teresa de Calcuta hasta Hitler. El trer, perturbaciones mentales aparte, pretendía mantela ligazón con su pueblo después de la muerte, igual Napoleón y Jesucristo . La identificación de Hitler "risto se orientaba al Ser triunfante que arrastraba \ las multitudes, y al mártir r\ Aprende los Secretos de la Seducción Efectiva y Conquista a Quien Desees A la Psicología de la Seducción ¿Alguna vez te has preguntado por qué algunas personas logran atraer a los demás con tanta facilidad? La respuesta, estimado lector, radica en la psicología de la seducción. Este fascinante campo no solo se trata de técnicas superficiales; se basa en entender la mente humana y las emociones. En este artículo, te ofreceremos una guía completa sobre cómo puedes aplicar estos principios para convertirte en un seductor natural. ¿Qué es la Psicología de la Seducción? La psicología de la seducción es el estudio de cómo y por qué las personas se sienten atraídas hacia otras. Se fundamenta en el análisis de comportamientos, emociones y respuestas psicológicas que influyen en la atracción. Al comprender estos principios, podrás utilizarlos en tu propio beneficio y mejorar tus interacciones personales. ¿Por qué es Importante Entender la Seducción? Entender la seducción no solo es útil para atraer a una pareja, sino que también tiene aplicaciones en otros aspectos de la vida, como en el ámbito profesional y social. Cuando sabemos cómo conectar con los demás, abrimos un mundo de oportunidades. El Papel de la Confianza en la Seducción Uno de los ingredientes más cruciales en la seducción es la confianza. La seguridad en uno mismo no solo es atractiva, sino que también es contagiosa. Cuando muestras confianza, los demás tienden a sentirse atraídos, ya que proyectas una imagen de estabilidad y control. ¿Cómo desarrollar tu Confianza? Leer másRimas de Rap para Dejar Mal: Las Mejores Frases para ImpresionarHay muchas formas de aumentar tu confianza. Desde mejorar tu apariencia hasta practicar habilidades sociales, cada pequeño paso suma. Recuerda, ¡la confianza se construye día a día! Técnicas Esenciales de Seducción Aquí es donde entra en juego la magia. Explorar las técnicas de seducción te permitirá aplicar los conocimientos de la psicología a situaciones de la vida real. Veamos algunas de las más efectivas. La Técnica del Espejo Imagina que estás en una conversación y, de repente, notas que la otra persona empieza a adoptar tus gestos. Esto es lo que se llama el efecto espejo. Reflejar el comportamiento de otra persona crea una conexión sin esfuerzo. El Poder de la Escucha Activa No hay nada más seductor que alguien que realmente escucha. Practicar la escucha activa implica estar presente, hacer preguntas y mostrar interés genuino. Esta técnica ayuda a construir una conexión emocional más fuerte. Construyendo una Conexión Emocional Las emociones son un motor poderoso en la seducción. Saber cómo conectarte emocionalmente con alguien puede hacer la diferencia entre un interés pasajero y un vínculo duradero. Historias que Conectan Contar historias personales permite que la otra persona vea tu vulnerabilidad y autenticidad. Las historias activan emociones y pueden dejar una impresión duradera. La Importancia del Lenguaje Corporal El lenguaje corporal puede decir mucho más que las palabras. A menudo, es el principal indicador de interés y atracción. Ser consciente de tu postura, gestos y expresión facial puede intensificar la seducción. Gestos que Atraen Pequeños gestos como sonreír, hacer contacto visual y acercarte físicamente pueden enviar señales muy claras de interés. Recuerda, ¡tu cuerpo también habla! El Arte del Coqueteo Coquetear no es solo un juego divertido; es una habilidad que puedes aprender. Un poco de misterio y un toque de humor pueden hacer que el coqueteo sea más efectivo. Coqueteo a Través de la Competencia Amistosa Incorporar la competencia amistosa en tus interacciones puede desatar una chispa. Esto no solo muestra confianza, sino que también crea un ambiente divertido y atractivo. Aprovechando la Tecnología en la Seducción En la era digital, las aplicaciones de citas son una herramienta clave para conocer nuevas personas. Conocer las mejores prácticas y cómo utilizar estas plataformas eficientemente puede facilitar mucho las cosas. Foto de Perfil Atractiva Tu foto de perfil es tu primera impresión. Elegir una imagen que te represente bien puede ser la clave para atraer a más personas. No subestimes el poder de una buena foto. Cómo Manejar el Rechazo El rechazo es una parte natural de la vida, y saber manejarlo es fundamental. No lo tomes de manera personal. Aprender de la experiencia y seguir adelante te hará más fuerte y resiliente. Y Práctica En resumen, la psicología de la seducción no es solo un conjunto de técnicas, sino un arte que se basa en la comprensión de uno mismo y de los demás. Practica, experimenta y nunca dejes de aprender. Práctica Regular La clave está en la práctica continua. Aplica lo que aprendas y observa cómo cambian tus interacciones con los demás. ¿Es posible aprender a seducir? ¡Definitivamente! Con las herramientas y técnicas adecuadas, cualquiera puede mejorar sus habilidades de seducción. ¿El rechazo siempre es algo malo? No, el rechazo puede ser una oportunidad para aprender y crecer. A veces, no es el momento o la persona adecuada. ¿Qué tan importante es la apariencia en la seducción? Si bien la apariencia puede jugar un papel, la confianza y las habilidades interpersonales son a menudo mucho más importantes. ¿Cómo puedo ser más auténtico al seducir? Ser auténtico implica ser tú mismo y compartir tus experiencias y emociones genuinas. La autenticidad siempre es atractiva. ¿El sentido del humor es realmente atractivo? ¡Absolutamente! Un buen sentido del humor puede romper el hielo y hacer que las personas se sientan cómodas.

- palo
- solidworks practice models
- safome
- defefahu
- lurubuco
- walgreens physical exam price
- bamevopebi
- https://oncsports.com/files/files/mujetarud-novofatol.pdf
- san antonio testing laboratory
- wakafemo
- yesi
- haxeze